BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXV.

FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

FAMA PÓSTUMA.

LA DISCRETA ENAMORADA,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1876.

Madrid, 1876.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.ª,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

FAMA PÓSTUMA

Á LA VIDA Y MUERTE

DEL DR. FREY LOPEZ FÉLIX DE VEGA CARPIO,

escrita

POR EL DR. JUAN PEREZ DE MONTALBAN,

natural de Madrid y Notario del Santo Oficio,

en 1636.

Félix de Vega y Francisca Fernandez, él hidalgo de ejecutoria y ella noble de nacimiento, y vecinos entrambos de la ilustre villa de Madrid, fueron los felicísimos padres del doctor FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO, portento del orbe, gloria de la nacion, lustre de la patria, oráculo de la lengua, centro de la fama, asumpto de la envidia, cuidado de la fortuna, fénix de los siglos, príncipe de los versos, Orfeo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas, Virgilio de los épicos, Homero de los heroicos, Píndaro de los líricos, Sófocles de los trágicos y Terencio de los cómicos; único entre los mayores, mayor entre los grandes, y grande á todas luces y en todas materias.

Nació en Madrid, en casas de Jerónimo de Soto, en la puerta de Guadalajara, á 25 de Noviembre, año de 1562, dia de San Lope, obispo de Verona. Bautizóse en 6 de Diciembre en la iglesia parroquial de San Miguel de los Octoes, siendo cura el licenciado Muñoz, y padrinos Antonio Gomez y Luisa Ramirez, su mujer. A los dos primeros abriles de su edad, ya en la viveza de sus ojos, ya en el donaire de sus travesuras, y ya en la fisonomía de sus facciones, mostró con los amagos lo que despues hizo verdad con las ejecuciones. Iba á la escuela, excediendo conocidamente á los demas en la cólera de estudiar las primeras letras; y como no podia por la edad formar las palabras, repetia la licion más con el ademan que con la lengua. De cinco años leia en romance y latin; y era tanta su inclinacion á los versos, que miéntras no supo escribir, repartia su almuerzo con los otros mayores porque le escribiesen lo que él dictaba. Pasó despues á los estudios de la Compañía, donde en dos años se hizo dueño de la gramática y la retórica, y ántes de cumplir doce tenía todas las gracias que permite la juventud curiosa de los mozos, como es danzar, cantar y traer bien la espada, quizá porque sabía que tocaba al buen poeta la noticia destas tres artes, como lo advierte Horacio en su sátira nue-

ve, diciendo que los versos medidos tienen cierto parentesco con los compases de los piés en el ejercicio de danzar, con el movimiento de las manos en la destreza de las armas, y con la entonacion de las voces en la armonía de la música.

Viéndose ya más hombre, y libre del miedo de su padre, que ya habia muerto, ambicioso de ver mundo y salir de su patria, se juntó con un amigo suyo, que hoy vive, llamado Hernando Muñoz, de su mismo genio, y concertáron el viaje, para cuyo intento cada uno se previno de lo necesario: fuéronse á pié á Segovia, donde compraron un rocin en quince ducados, que entónces no sería malo, por el valor que tenía el dinero; pasaron á La-Bañeza, y últimamente á Astorga, arrepentidos ya de su resolucion, por verse sin el regalo de su casa; y así, determinaron volverse por el mismo camino que llevaron; y faltándoles en Segovia el dinero, se fueron entrambos á la platería, el uno á trocar unos doblones y el otro á vender una cadena. Pero apénas el platero (escarmentado quizá de haber comprado mal otras veces) vió los doblones y la cadena, claro está, pensó lo peor, pero lo posible, y dió parte á la justicia, que luégo vino y los prendió; mas el juez, que debia estar bien con su conciencia, habiéndoles tomado su confesion,

y viendo que decian entrambos verdad, porque decian una misma cosa, y que su culpa era mocedad y no delito, y en efeto que su modo, su hábito y su edad no daban indicios de otra cosa, les dió libertad, y mandó que un alguacil los trujese á Madrid y los entregase á sus padres con los doblones y la cadena, lo cual se ejecutó brevemente y á poca costa; tanta era entónces la justificacion de los ministros, que el dia de hoy, para ocho dias de pleito no hubiera harto en un patrimonio. Luégo que llegó á Madrid, por no ser su hacienda mucha y tener algun arrimo que ayudase á su lucimiento, se acomodó con D. Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, á quien agradó sumamente con unas églogas que escribió en su nombre, y con la comedia de *La Pastoral de Jacinto*, que fue la primera que hizo de tres jornadas, porque hasta entónces la comedia consistia sólo en un diálogo de cuatro personas, que no pasaba de tres pliegos, y destas escribió Lope de Vega muchas, hasta introducir la novedad de las otras; para que sepan todos que su perfeccion se debe sólo á su talento, pues las halló rústicas y las hizo damas; y cuantos despues acá las han escrito (aunque alguno bárbaramente lo niegue), ha sido siguiéndose por esta pauta; como los que aprenden á escribir, que ponen la mues-

tra del maestro debajo del papel, para imitarle en el brioso desempeño de los rasgos y en la perfecta forma de las letras. Los aplausos que se le siguieron con el nuevo género de comedias fueron tales, que le obligaron á proseguirlas con tan feliz abundancia, que en muchos años no se vieron en los rótulos de las esquinas más nombres que el suyo, heroicamente repetido. Mas pareciéndole que sería importante saber de raíz la filosofía, para no hablar en ella acaso (desgracia que sucede á muchos), hizo eleccion de la insigne universidad de Alcalá, donde cursó cuatro años hasta graduarse, siendo el más lucido de todos sus concurrentes, así en las conclusiones como en los exámenes. Supo que estaba el señor Duque de Alba en Madrid, y vino á verle y á besarle la mano, de que se holgó Su Excelencia mucho, porque le amaba con extremo; y así lo mostró ofreciéndole su casa, y haciéndole, no sólo su secretario, sino su valido; favor que pagó Lope con escribir á su órden la ingeniosa *Arcadia*, enigma misterioso de sujetos altos, desalumbrado en el rebozo de pastores humildes.

Perseveró en esta privanza mucho tiempo, ya estando con Su Excelencia en Alba, ya viniendo á la córte á sus negocios, hasta que, enamorado de doña Isabel de Urbina,

hija de D. Diego de Urbina, rey de armas y muy conocido en esta villa, hermosa sin artificio, discreta sin bachillería y virtuosa sin afectacion, se casó con ella, con permision de los deudos de entrambas partes. Mas el desden de la fortuna, que siempre mira con ceño la quietud de las seguridades, desbarató á Lope todas estas glorias: ¡qué mucho, si los méritos y las desdichas se dan las manos tan fácilmente! Es, pues, el caso, que habia en este lugar un hidalgo entre dos luces (que hay tambien crepúsculos en el orígen de la nobleza como en el nacimiento del dia), de poca hacienda, pero de mucha maña para comer y vestir al uso, sin más oficio que la asistencia en las conversaciones, donde pedia barato con desahogo á título de decir donaires á los presentes y cortar de vestir á los que no estaban delante. Supo Lope que una noche habia entretenido la ociosidad del auditorio á su costa, y disimuló la descortesía, no por temor, sino por desprecio; que hay hombres que áun no merecen la ira del ofendido; mas viendo que porfiaba en su vil tema, cansóse, y sin tocar en la sangre ni en las costumbres, que lo primero es impiedad y lo segundo despropósito, le pintó en un romance tan graciosamente, que causó en todos risa, pero no escándalo; que en los versos escritos sin ódio y

con buen gusto cabe el donaire pero no la injuria. Picóse el tal maldiciente con grande extremo; que hay hombres que apodan á todos, y en diciéndoles algo á ellos pierden el juicio, y remitió su defensa á la espada, enviando á Lope un papel de desafío; lance de que salió tan airoso, que dejó calificado su brío y enmendada la condicion de su contrario. Este y otros desaires de la fortuna, ya negociados de su juventud y ya encarecidos de sus opuestos, le obligaron á dejar su casa, su patria y su esposa, con harto sentimiento; si bien se le templó la cortesana acogida que le hizo la ciudad de Valencia y sus ciudadanos miéntras fué su huésped. Despues de algunos años que estuvo en los reinos, los afectos naturales de la patria, las floridas riberas de Manzanares, objeto lírico de su pluma, y los justos deseos de ver su esposa, le restituyeron á sus brazos con tan destemplado contento, que se temió su vida en el mismo regocijo; que es tanto el melindre de nuestra salud, que peligra en el gozo como en la pena; si no es que fuese ensayo del dolor que le estaba esperando, pues dentro de un año el agudo acero de la muerte, que corta y deshace las más firmes lazadas, se la quitó intempestivamente de los ojos; golpe que le partió el corazon por medio, y que sólo pudo hacerle sufrible el

respeto á la mano que le tiraba. Sucedió esta desgracia en ocasion de efectuarse la jornada de Inglaterra, que alentaba el generoso brazo del excelentísimo señor Duque de Medina-Sidonia, á cuya sombra se alistó de soldado, con ánimo de perder la vida, porque acabasen con ella sus congojas. Salió de Madrid, atravesó toda la Andalucía, llegó á Cádiz y pasó á Lisboa, donde se embarcó con un hermano suyo que tenía alférez, y habia muchos años que no se veian; placer que tambien le duró pocas horas, porque en una refriega que tuvieron con ocho velas de holandeses, le alcanzó una bala y murió en sus brazos. Y como sea verdad que nunca viene un pesar solo, porque siempre el que se padece es víspera del que ha de seguirse, sucedió tras tantos azares, que el viento (tirano príncipe de las provincias de Neptuno) con una borrasca continuada malogró, á pesar de la razon y de la justicia, el noble coraje de tantos esforzados leones, cuyo lamentable suceso volvió á Madrid á nuestro Lope más aprisa que imaginó su ardimiento; donde viéndose no muy sobrado, sirvió al Marqués de Malpica de secretario, y luégo con el mismo oficio al Conde de Lémos, que fue el último dueño que tuvo, y que le tuviera siempre, si no le cautivára la belleza de doña Juana de Guardio, hija tambien de

vecino de Madrid, con quien repitió el matrimonio, y de quien tuvo varon y hembra, que es la mayor dicha que pueden tener los casados, porque el padre quiere á la hija y la madre al hijo, cada uno encareciendo su amor y su gusto; si bien á los seis años murió Cárlos, que era el primogénito, y quedó sola doña Feliciana de la Vega, que hoy vive casada con Luis de Usategui. Sintió la madre la falta de su hijo con tan verdadera fatiga, que nunca volvió en su antigua salud, y á la primera enfermedad murió en ocho dias; que una calentura sobre una pesadumbre, de derecho pide la mortaja. Quizá para más bien de la difunta y para mayor desengaño de Lope, que viendo en aquella profanada belleza desteñida la púrpura de sus mejillas, ajada la nieve de su frente, macilento el color de su semblante, quebrados los cristales de sus ojos, traspilladas las perlas de sus dientes, helados los marfiles de sus miembros y desconocidas las señas de sus facciones, se resolvió á no admitir tercero casamiento y á buscar nuevo modo de vida humana que le asegurase la divina, para cuyo efeto dejó de raíz cuantos estorbos le pudieran embarazar en el siglo. Retiróse de las ocasiones más leves; trató sólo del remedio de su alma; solicitó el hábito de la sagrada Orden Tercera, en-

tró en la congregacion del Caballero de Gracia, acudió al servicio de los hospitales, ejercitóse en muchas obras de misericordia, visitó el templo de Nuestra Señora de Atocha, de quien era muy apasionado, los sábados por voto y todos los dias por devocion; y últimamente, resuelto á lo mejor, se fué á Toledo y volvió sacerdote. Confesóse generalmente. Dijo la primera misa en el Cármen descalzo, donde tenía su confesor. Hizo un oratorio en su casa, no sólo curioso, sino rico, donde celebró todos los dias, ménos los precisos de la parroquia y los que dispensaba al amor de una deuda religiosa que tiene en las Trinitarias descalzas. Y sabiendo que habian hecho los sacerdotes naturales de Madrid una venerable y santa congregacion, cuyo fin es enterrar los clérigos que mueren pobres, vestir á los desnudos, libertar á los presos y ayudar con dinero á los menesterosos, metió una peticion para ser admitido, que al punto se decretó; y fue tan perfecto congregante, que jamas faltó á entierro ni ejercicio de caridad ninguno; y así, con mucho exceso de votos le propuso la Congregacion para capellan mayor suyo; y quiso la suerte que de cuatro que entraron en ella saliese él solo, que, confesando su insuficiencia para tanto peso, admitió el cargo, abrazó á todos, y cumplió con sus

obligaciones tan liberal como cuidadoso.

Con este concierto de vida pasó muchos años, viviendo siempre con tanta atencion á su conciencia, con tanto respeto á su estado, con tanto despego al siglo, con tanto afecto á la virtud, con tanto descuido de su vida y con tanto cuidado de su muerte, que parece la deseaba ó la suponia muy cerca, porque con mucho tiempo hizo su testamento, en que dejaba, despues de las mandas precisas, por muestra de su amor y para memoria de su voluntad, al señor duque de Sesa un retrato suyo de grande estimacion y todos los papeles que se hallasen; al secretario Juan de Piña, por su confidente más antiguo, cincuenta cuerpos de libros de su estudio, que escogiese á su voluntad; á Alonso Perez de Montalban, por amigo verdadero del alma, un cuadro de Nuestra Señora y San José, que llevaba al Niño Jesus de la mano; al doctor Francisco de Quintana, por virtuoso, por docto y por muy apasionado suyo, un lienzo de la Fortuna que navegaba el mar, puesto el pié derecho sobre una bola; al licenciado José de Villena, por solícito en juntar sus obras para tenerlas como reliquias de tal ingenio, una lámina curiosa; á D. Luis Fernandez de Vega, por el deudo que tenian sus casas en la montaña, y porque siempre fué su amigo íntimo y le fió sus

pensamientos, un relicario de Roma; y á mí, por su alumno y su servidor, un cuadro en que estaba retratado cuando era mozo, sentado en una silla y escribiendo sobre una mesa que cercaban perros, monstruos, trasgos, monos y otros animales, los unos le hacian gestos y los otros le ladraban, y él escribia sin hacer caso dellos.

No se fiaba de su salud, con ser tan buena, porque sabía que cualquier enfermedad tiene más peligros en los hombres muy sanos que en los muy achacosos. Fuera de que habia tenido de un año á esta parte dos disgustos (como si para una vida no bastase uno) que le tenian casi rendido á una contínua pasion melancólica, que ahora nuevamente se llama hipocondriaca. Viéndole Alonso Perez de Montalban, su amigo, tan triste, le convidó á comer el dia de la Transfiguracion, que fué á 6 de Agosto; y despues de haber comido, estando todos tres discurriendo en várias materias, dijo que era tanta la congoja que le afligia, que el corazon no le cabia en el cuerpo, y rogaba á nuestro Señor que se la templase con abreviarle la vida, como fuese en servicio suyo. Respondíle yo entónces: «No piense vuestra merced en eso; que yo confio en Dios y en la buena complexion que tiene, que se le ha de acabar ese humor y le hemos de ver con la misma salud de hoy

en veinte años.» Y replicó con un género de ternura: «¡Ay, doctor, ¡plegue á Dios que salgamos deste!» No se engañaba, no; que todas eran diligencias del corazon, que siempre trata verdad á su dueño, y en estas ocasiones hace lo que los señores cuando caminan, que envian los criados delante para que les tengan prevenido el aposento. Habia de morir Lope muy presto, y su corazon, que, profeta, lo adivinaba, enviábale los suspiros adelantados porque tuviese los desengaños prevenidos; pues á 18 del mismo mes, viérnes, dia de San Bartolomé, se levantó muy de mañana, rezó el oficio divino, dijo misa en su oratorio, regó el jardin y encerróse en su estudio; á mediodía se sintió resfriado, ya fuese por el ejercicio que hizo en refrescar las flores, ó ya (como afirman los mismos de su casa) por otro más alto ejercicio hecho tomando una disciplina (costumbre que tenía todos los viérnes en memoria de la pasion de Cristo nuestro Señor), y averiguado con ver en un aposento donde se retiraba salpicadas las paredes y teñida la disciplina de reciente sangre: así la virtud suele disimularse en los que son buenos, sin hacer ruido ni andar melancólicos ni mal vestidos; que la virtud no está reñida con el aseo, que se queda en el término de la modestia; y si la mortificacion es indi-

cio de la santidad, tambien es instrumento de paliar los vicios la hipocresía. Con sentirse indispuesto Lope, y tener licencia para comer carne por un corrimiento que padecia en los ojos, comió de pescado; que era tan observante católico, que hacía escrúpulo, aunque lo murmurase su achaque, de faltar á las órdenes de la Iglesia. Estaba convidado para la tarde para unas conclusiones de medicina y filosofía, que defendió tres dias el doctor Fernando Cardoso, gran filósofo y muy noticioso de las buenas letras, en el seminario de los escoceses; y hallóse en ellas, donde le dio repentinamente un desmayo, que obligó á llevarle entre dos de aquellos caballeros á un cuarto del doctor D. Sebastian Francisco de Medrano, muy amigo suyo, que está dentro del mismo seminario, donde sosegó un poco, hasta que en una silla le trujeron á su casa. Acostóse, llamaron los médicos, que, informados de que habia comido unos huevos duros y unos fideos guisados, presumiéndole embarazado el estómago, le dieron un minorativo para purgalle; y luégo, porque la calentura lo pedia, le sangraron, si bien le descaeció la falta de la sangre, aunque no era buena. Pasó acaso por la misma calle el doctor Juan de Negrete, médico de cámara de Su Majestad (que este título y sus aciertos son buenas

señas de su talento, de su ciencia y de su experiencia), y diciéndole que estaba Lope de Vega indispuesto le entró á ver, no como médico, porque no era llamado, sino como amigo que deseaba su salud. Tomóle el pulso, vióle tambien la fatiga del pecho, reconoció la calidad de la sangre y previno el suceso, diciéndole con mucha blandura que le diesen luégo el Santísimo Sacramento, porque servia de alivio al que habia de morir y de mejoría al que habia de sanar. «Pues si vuestra merced lo dice (respondió Lope muy conforme), ya debe de ser menester»; y volvióse del otro lado á pensar bien lo que le esperaba. Despidióse el Doctor, y advirtió que tuviesen cuidado con él, porque estaba acabando. Con esto vino á la noche, con la solemnidad que suele, el Viático Santísimo del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que recibió con reverencia y lágrimas de alegría, agradeciéndole la visita, pues así le daba á entender que, como quien quiere honrar al huésped que espera, le sale al camino y le acompaña hasta llevarle á su palacio, asi Su Divina Majestad venía á recibirle hasta dejarle en las celestes moradas de su eterna gloria. Quedó más sosegado por dos horas; pero luégo se conoció el peligro evidente, y le trujeron el último remedio de la santa Extrema-Uncion. Recibióla, llamó

á su hija, echóla su bendicion, y despidióse de sus amigos, como quien se partia para una jornada tan larga. Consolóse mucho con el maestro José de Valdivieso, porque, ayudándole en aquella congoja, le dijo en pocas palabras muchas razones que le sirvieron de doctrina y de alivio. Preguntó por el padre fray Diego Niseno, á quien queria y reverenciaba juntamente, por haberle tratado muchos años y haber leido todos sus escritos, y por el padre maestro Juan Baptista de Ávila, de la Compañía de Jesus; porque quien en vida le advirtió como docto de muchas cosas importantes á su salvacion y á su crédito, mejor lo haria en la muerte como religioso y como entendido. Mas no se logró su justo deseo, por estar entónces el padre Niseno ausente y el padre Ávila enfermo en la cama. Encargó al señor Duque de Sesa, como á su dueño y su testamentario (que siempre le asistia sin faltarle un punto) el amparo de su hija doña Feliciana de la Vega; aconsejó á todos la paz, la virtud y el cuidado de sus conciencias; díjome á mí que la verdadera fama era ser bueno, y que él trocára cuantos aplausos habia tenido por haber hecho un acto de virtud más en esta vida; y volviéndose á un Cristo crucificado le pidió con fervorosas lágrimas perdon del tiempo que habia con-

sumido en pensamientos humanos, pudiendo haberlo empleado en asuntos divinos; que aunque mucha parte de su vida habia gastado en autos sacramentales, historias sagradas, libros devotos, elogios de los santos y alabanzas de la Vírgen Santísima y del Niño recien nacido, en todas sus fiestas, quisiera que todo lo restante de su ocupacion fuera semejante á esto. Resignó en las manos de Dios su voluntad, prometió no ofenderle jamas, aunque viviera muchos años, arrepintióse de haberle ofendido dolorosamente, confesó que era el mayor pecador que habia nacido en el mundo, hizo un acto de contricion, en que tuvieron más parte las lágrimas que las razones, llamó en su ayuda los santos de su devocion, invocó la piedad de la Vírgen Sacratísima de Atocha, á quien pidió que, pues habia sido siempre su valedora que lo fuese tambien entónces, y pues tenía en sus brazos al Juez de su causa que intercediese por él al darle la sentencia. Dejáronle reposar un poco, porque dió á entender que se fatigaba; pasó la noche con inquietud, y amaneció el lúnes ya levantado el pecho, y tan débil que la falta de la respiracion no le dejaba formar las palabras; si bien tuvo siempre libres las potencias y muy pronto el sentido para responder á los que en aquel aprieto asis-

tian á sus últimas congojas, que eran siempre el señor Duque de Sesa, el señor don Rafael Ortiz, recibidor de la órden de San Juan; D. Francisco de Aguilar, el maestro José de Valdivieso, el doctor Francisco de Quintana, el licenciado José de Villena, el secretario Juan de Piña, D. Luis Fernandez de Vega, Alonso Perez de Montalban, su confesor, muchos religiosos de todas órdenes, y el reverendísimo padre provincial fray Juan de Ocaña, que con su espíritu, como de predicador tan grande, le esforzaba para que pasase aliviado aquel preciso y temeroso trance. En efecto, oyendo salmos divinos, letanías sagradas, oraciones devotas, avisos católicos, actos de esperanza, profesiones de fe, consuelos suaves, cristianas aclamaciones y llantos amorosos, los ojos en el cielo, la boca en un crucifijo y el alma en Dios, espiró la suya al eco del dulcísimo nombre de Jesus y de María, que á un mismo tiempo repitieron todos.

Tratóse de su entierro, de que se encargó el señor Duque de Sesa, como su dueño y albacea y como tan magnánimo príncipe, y determinóse para el mártes siguiente á las once. Repartiéronse muchas limosnas de misas, que es la más importante honra para el que yace. Convocóse todo el pueblo sin convidar á ninguno; vinieron

cofradías, luces, religiosos y clérigos en cantidad; la órden de los caballeros del hábito de San Juan, la de los terceros de San Francisco, la congregacion de los Familiares y la de los Sacerdotes de Madrid, compitiendo piadosamente sobre quién habia de honrar sus hombros con llevar su cuerpo, y consiguiólo la venerable congregacion de los Sacerdotes. Empezóse el entierro segun estaba prevenido, y fué tan dilatado, que estaba la cruz de la parroquia en San Sebastian y no habia salido el cuerpo de su casa, con ser tanto el distrito y haber rodeado una calle á peticion de soror Marcela de Jesus, religiosa de la Trinidad descalza y muy cercana deuda del difunto, que gustó de verle. Las calles estaban tan pobladas de gente que casi se embarazaba el paso al entierro, sin haber balcon ocioso, ventana desocupada ni coche vacío. Y así, viendo una mujer tanta grandeza, dijo con mucho donaire: «Sin duda este entierro es de Lope, pues ès tan bueno.» Iban con luto al remate del acompañamiento D. Luis de Usategui, yerno de Lope, y un sobrino suyo, en medio del señor Duque de Sesa y de otros grandes señores, títulos y caballeros. Llegaron á la iglesia, recibiéles la Capilla Real con música. Díjose la misa con mucha solemnidad, y al último responso, viéndole quitar

del túmulo para llevarle á la bóveda, clamó la gente con gemidos afectuosos. Depositóse en el tercero nicho por órden del señor Duque de Sesa, con permision del doctor Baltasar Carrillo de Aguilera, cura propio de la parroquia de San Sebastian, y con declaracion de la justicia por el secretario Juan de Piña. Vacióle en cera la cabeza Antonio de Herrera, excelentísimo escultor de S. M., y despidiéronse los amigos llorando la soledad que les hacía Lope, como quien echa ménos una joya que le han hurtado.

Prosiguiéronse las honras hasta el novenario con la misma costa y autoridad de música y cera que el primer dia, y dilatóse el funeral último ocho dias porque estaba ausente el padre fray Ignacio de Vitoria, y era el elegido para el sermon, con mucho gozo suyo y de todos los discretos, que á una voz dijeron que tal orador merecia tal difunto, y tal difunto era digno de tal orador. Entre tanto que se esperaba este gran dia quiso la venerable congregacion de los Sacerdotes cumplir con los honores de su hermano amantísimo. Aderezóse la iglesia de San Miguel lo mejor que se pudo, sin exceder las órdenes limitadas en la premática. Cubriéronse de luto los bancales del coro, donde asistian los congregantes con sobrepellices, en compañía

del licenciado José de las Cuevas, su capellan mayor. Acudió gran número de gente, hasta no caber más en la iglesia, con muchos señores que, á lisonja del señor Duque de Sesa y á devocion de Lope, se convidaron ellos mismos. Dijo la misa de pontificial don fray Gaspar Prieto, obispo de Alguer y electo en Elna, y predicó el sermon el doctor Francisco Quintana, de quien me holgára, si fuera posible en mi amor, ser hoy su mayor enemigo, para ponderar, sin sospecha de pasion alguna, la pureza en el lenguaje, la cordura en el asunto, la profundidad en los pensamientos, la ternura en las admiraciones, y sobre todo, el hablar á propósito, cumpliendo siempre con su entendimiento y su voluntad; que cuando se juntan, todo se acierta. El lúnes siguiente, á las ocho de la mañana, con el deseo de oir al padre Ignacio de Vitoria, estaba ocupada toda la iglesia, sin que faltase príncipe grande, caballero entendido, cortesano curioso y hombre de buenas letras: unos llevados de la obligacion y otros traidos de la curiosidad. Vino la capilla, cantó el introito, salió á decir la misa el doctor D. Cristóbal de la Cámara y Murga, obispo de Salamanca; si bien el tumulto de la gente ni dejó atender á la misa ni dió lugar á escuchar la música. Púsose en el púlpito el sutilísimo Agustino

de nuestros tiempos, con muy buena gana de hacer alarde, como lo hizo, de su voluntad, en alabanza de un varon tan famoso y en lisonja de un auditorio tan lucido. Mas fué tanto el ruido de los mal acomodados, la inquietud de los que llegaron tarde, el cansancio de los que fueron temprano, el aprieto de algunos y el calor de todos, que no dejó gozar universalmente de la doctísima oracion; si bien los que la oyeron bastaron á informar á los demas de lo agudo de sus conceptos, de lo extraño de sus novedades, de lo noticioso de sus letras, de lo gallardo de sus acciones y de lo eminente de sus idiomas, y despues lo harán á mejor luz los caractéres de plomo, vaciado en la inmortalidad de la estampa. Al siguiente dia dispuso la piadosa cofradía de los Representantes los honores funerales con tanto lucimiento como gasto. Vistióse de pontifical para celebrar el mayor sacrificio don fray Micael de Avellan, obispo de Siria. Cantó la Capilla Real, como siempre, sin faltar ninguno de los mejores, con que hicieron la iglesia cielo; y predicó el muy reverendo padre fray Francisco de Peralta, antorcha angélica de su sagrada religion de Predicadores, y predicador tan felice en esta ocasion, que áun la muda retórica del silencio no basta á ponderarle, porque oró

tan á propósito de los méritos del sujeto, tan á medida del gusto de los señores, tan conforme al talento de los doctos, tan bastante al melindre de los entendidos, tan copioso al afecto de los apasionados y tan ajustado al genio de los vulgares, que no pudiendo los unos y los otros sufrir tanto género de sutilezas sin pagárselas de contado, introdujeron en el templo un género de ruido devoto y un linaje de rumor ponderativo, cuyas inquietas admiraciones empezaron en aplausos públicos y acabaron en vítores disimulados; con que se dió fin á sus exequias, pero no á sus honras, pues ahora las harán eternas con sus elogios panegíricos los divinos Apolos de Manzanáres, á imitacion del Tracio Orfeo, que á pié llevaba tras sí los montes con la dulcísima consonancia de sus himnos; y yo, que más le quise, daré principio á sus loores para que los adelanten sonoros cisnes con voces mejor aplaudidas y con plumas más bien rizadas.

Fué frey Lope Félix de Vega Carpio...—¡Oh, cómo parece que el nombre sólo embaraza la posibilidad de su ponderacion! Mas ¿qué importa que se encoja el entendimiento por limitado si se descuella la voluntad por infinita?—Digo, pues, que fué nuestro insigne Lope de Vega el más favorecido y festejado de todo género

de personas que nació en el mundo. Porque no hubo legado de Su Santidad, príncipe de Italia, cardenal de Roma, grande de España, nuncio del Pontífice, embajador de Reino, título de Castilla, gobernador, obispo, dignidad, religioso, caballero, ministro ni hombre de letras que no le buscase y le diese su lado y mesa en reconocimiento preciso de tan altas prendas. Las Reales Majestades Católicas, siempre que le encontraban, como á hombre superior á los otros, le miraban con más atencion; y nuestro santísimo padre Urbano VIII, que hoy vive, y viva eternos siglos, ya que no pudo verle por la distancia, quiso comunicarle por la pluma, escribiéndole de su mano una carta muy amorosa y favorable, y dándole el hábito de San Juan con título de Doctor en teología. No hay villa, ciudad, provincia, señorío ó reino que no haya solicitado su correspondencia. No hay casa de hombre curioso que no tenga su retrato, ó ya en papel, ó ya en lámina, ó ya en lienzo. Vinieron muchos desde sus tierras sólo á desengañarse de que era hombre. Enseñábanle en Madrid á los forasteros como en otras partes un templo, un palacio y un edificio. Íbanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle, y echábanle bendiciones las mujeres cuando le veian des-

de las ventanas. Hiciéronle costosos presentes personas que sólo le conocian por el nombre. Escribiéronle varios elogios en su alabanza muchos varones graves sin haberle visto, y laureáronle en Roma por solo, por único, por raro y por eminentísimo, sin haber dia ni hora que no tuviese ocasion alguna para su desvanecimiento, á no ser tan humilde como prudente y tan desconfiado como modesto.

Fué el poeta más rico y más pobre de nuestros tiempos. Más rico, porque las dádivas de los señores y particulares llegan á diez mil ducados. Lo que le valieron las comedias, contadas á quinientos reales, ochenta mil ducados; los autos, seis mil; la ganancia de las impresiones, mil y seiscientos, y los dotes de entrambos matrimonios, siete mil, que hacen más de cien mil ducados; fuera de doscientos y cincuenta de que le hizo merced su Majestad en una pension de Galicia; ciento y cincuenta de una capellanía que le cupo en Ávila por antigüedad de criado de D. Jerónimo Manrique; cuarenta de una casa pequeña que tenía junto á la calle de la Cruz; trescientos de una prestamera que le dió en un lugar suyo el excelentísimo señor Duque de Sesa, su amigo, su valedor, su dueño y su heroico Mecénas; y más cuatrocientos ducados para su plato, de

muchos años á esta parte, porque le dijo que no queria escribir más comedias, sin otras liberalidades secretas de tanta cantidad, que, hablando una vez el mismo Lope de las finezas del Duque, su señor, aseguró que le habia dado en el discurso de su vida veinticuatro mil ducados en dinero: grandeza digna solamente de príncipe tan soberano, que con esto se dice todo. Y fué tambien el más pobre, porque fué tan liberal que casi se pasaba á pródigo, y tuvo tan encendida caridad, que jamas le pidió pobre limosna en público ó en secreto que se la negase; ántes bien, se la daba doblada si era vergonzante, y si conocía que llegaba la necesidad á extrema, le vestia desde el zapato hasta el sombrero. Hacía en su oratorio muchas fiestas á los santos, y con más virtuoso exceso la de Cristo Nuestro Señor en su nacimiento, buscando para esto, no sólo figuras comunes, sino de costa, de novedad y de riqueza. Convidaba á los amigos sin tasa en el regalo. Gastaba en pinturas y libros sin reparar en el dinero; y así le vino á quedar tan poco de cuanto tuvo, que apénas dejó seis mil ducados en casa y muebles. Fué hombre de mucha salud, porque fué muy templado en los humores, muy suelto en los miembros, muy ágil en las fuerzas, muy proporcionado en las facciones y muy

ligero de piés y manos, y así estaba bueno siempre, porque andaba mucho sin cansarse, y es el ejercicio el más útil remedio de la naturaleza. Era discreto en las conversaciones, modesto en las visitas, atento en los actos públicos, importuno en los negocios ajenos, descuidado en los suyos propios, apacible con su familia, juglar con los amigos, mesurado con los señores, generoso con los forasteros, galante con las mujeres y cortesano con los hombres; si bien se cansaba mucho de los que regateaban el sombrero siendo el tafetan tan barato, de los que tomaban tabaco habiendo de hablar con gente honrada, de los que se teñian las canas quedándose con los años y con los achaques, de los que decian mal de las mujeres sabiendo que nacieron de ellas, de los que creian á las gitanas estando vestidos de negro, y de los que preguntaban su edad á los otros no habiendo de casarse con ellos.

Escribió él solo más en número y en calidad que todos los poetas antiguos y modernos; y si no, pónganse sus obras (que no es dificultoso, pues todos las tenemos en las librerías) y las de Lope en una balanza, y se verá la ventaja con la experiencia. Las comedias representadas llegan á mil y ochocientas. Los autos sacramentales pasan de cuatrocientos. Los libros

y papeles impresos, muchos, como se verá en estos títulos: *La Jerusalen conquistada, La Dragontea, La Arcadia*, *El Peregrino, El Patron de Madrid, Los pastores de Belen, La Beatificacion de San Isidro, El Certámen*, con comedias del mismo santo; *La Filomena, La Circe*, *Las Rimas humanas*, *Las Rimas sacras, Los Triunfos divinos, Los Soliloquios amorosos*, *La Corona trágica de María Estuarda, La Vírgen de la Almudena*, *La Isagoge á las lecciones de los estudios reales de la compañía de Jesus, El Laurel de Apolo, El Epítome de su vida, La Dorotea, El Burguillos, El Huerto deshecho, Los Desagravios de Cristo, La Égloga de Eliso*, en la muerte del reverendísimo padre maestro fray Hortensio Félix Paravicino; *La Fiesta nueva del palacio ó retiro nuevo, La Égloga de Fílis á la décima musa, La Égloga de Amarílis á la reina Cristianísima de Francia, El Nacimiento del Príncipe nuestro señor, La Congregacion de los Sacerdotes de Madrid, La Égloga panegírica al serenísimo infante don Cárlos*, que Dios tenga; *Los Elogios á la muerte de Juan Blas de Castro, La Venida del excelentísimo señor duque de Osuna á España*, *La Pira sacra*, en la muerte del excelentísimo señor don Gonzalo Fernandez de Córdoba; unas *Rimas nuevas* que dejó para imprimir, y veinte y cuatro tomos de comedias, que en todos son cincuenta cuerpos, sin los

versos menores que hizo á particulares asuntos, porque no hubo suceso que no publicasen sus elogios, casamiento grande á quien no hiciese epitalamio, parto feliz á quien no escribiese natalicio, muerte de príncipe á quien no consagrase elegía, victoria nueva á quien no dedicase epigrama, santo á quien no celebrára con villancicos, fiesta pública que no luciese con encomios, y certámen literario á que no asistiese como secretario para repetirle y como presidente para juzgarle; sin otras muchas obras que no salian en su nombre, cuya cantidad no tiene medida, porque áun la misma aritmética, si se empeñára en contar sus versos, ó se rindiera á la prolijidad, ó como mercader que quiebra, hiciera pleito de acreedores de sus números por no gastarlos; pues el mismo Lope, con ser tanta su modestia, dijo de sí en un papel impreso «que salia toda su vida á cinco pliegos cada dia»; que, multiplicados por su edad, hacen ciento y treinta y tres mil y doscientos y veinte y cinco pliegos, que áun no parece posible en el estudio de muchos hombres. A que se añade ser tan atento, tan prudente y tan católico en cuanto escribia, que con ser tanto, nunca el desvelo cuidadoso de la Inquisicion halló palabra, opinion, pensamiento ni sentido que calificarle.

No hubo escritor entre griegos, latinos, italianos y españoles que le igualase en tener todas las circunstancias de perfecto poeta; porque, miradas con atencion sus obras, es fuerza confesar que su blandura en los versos enamora, su agudeza en los pensamientus admira, su propiedad en los atributos satisface, su noticia en las imitaciones suspende, su verdad en los avisos aprovecha, su variedad en las materias deleita, y la facilidad con que todo lo hacía asombra; pues áun la pluma no alcanzaba á su entendimiento, por ser más lo que él pensaba que lo que la mano escribia. Hacía una comedia en dos dias, que áun trasladarla no es fácil en el escribano más suelto; y en Toledo hizo en quince dias continuados quince jornadas, que hacen cinco comedias, y las leyó como las iba haciendo en una casa particular donde estaba el maestro José de Valdivieso, que fué testigo de vista de todo; y porque en esto se habla variamente, diré lo que yo supe por experiencia. Hallóse en Madrid Roque de Figueroa, autor de comedias, tan falto dellas, que estaba el corral de la Cruz cerrado, siendo por Carnestolendas; y fué tanta su diligencia, que Lope y yo nos juntamos para escribirle á toda prisa una, que fué *La Tercera órden de San Francisco*, en que Arias representó

la figura del Santo con la mayor verdad que jamas se ha visto. Cupo á Lope la primera jornada y á mí la segunda, que escribimos en dos dias, y repartióse la tercera á ocho hojas cada uno, y por hacer mal tiempo me quedé aquella noche en su casa. Viendo, pues, que yo no podia igualarle en el acierto, quise intentarlo en la diligencia, y para conseguirlo me levanté á las dos de la mañana y á las once acabé mi parte; salí á buscarle, y halléle en el jardin muy divertido con un naranjo que se helaba; y preguntando cómo le habia ido de versos, me respondió: «A las cinco empecé á escribir, pero ya habrá una hora que acabé la jornada, almorcé un torrezno, escribí una carta de cincuenta tercetos y regué todo este jardin, que no me ha cansado poco.» Y sacando los papeles, me leyó las ocho hojas y los tercetos; cosa que me admirára si no conociera su abundantísimo natural y el imperio que tenía en los consonantes.

Mucho es esto, pero más es lo que se sigue; perdonen los antiguos y tengan paciencia los modernos. Alcanzó por sus aciertos un modo de alabanza, que áun no pudo imaginarse de hombre mortal, pues creció tanto la opinion de que era bueno cuanto escribia, que se hizo adagio comun para alabar una cosa de buena decir que

era de Lope; de suerte que las joyas, los diamantes, las pinturas, las galas, las telas, las flores, las frutas, las comidas y los pescados, y cuantas cosas hay criadas se encarecian de buenas solamente con decir que eran suyas, porque su nombre las calificaba. Elogio admirado de todos y merecido de ninguno; si bien, mirado á buena luz, no es nuevo; que ejemplar tiene, pero tan alto, tan superior y tan divino, que le añade lustre y crédito casi infinito; porque es Dios solamente quien dió ocasion primero á este género de encomio. Para cuya ilustracion se ha de suponer que los hebreos no usan de superlativos cuando quieren alabar alguna cosa; y así, es cierto que se valen del nombre de Dios para su realce. Dícelo David en el salmo 39, pues para pintar unos montes los llama «montes de Dios», sin dilatarse como poeta, que lo fué divino, en encarecer su altura, sus verdores y su eminencia. Explican este lugar Belarmino, Arias Montano, Juan Bautista Folengio, Genebrardo y el padre Lorino, diciendo que en llamarlos montes de Dios los llamó grandes, sublimes y superiores; porque, siendo Dios su dueño, su nombre sólo sirvió de alabanza. El capítulo sexto del *Génesis* llama á unos hombres hijos de Dios, y dice Oleastro que quiso con su nombre encarecer la grande-

za en la estatura de aquellos hombres; y Ecequiel, en el capítulo primero, para ponderar que unas revelaciones que Dios le comunicó eran misteriosísimas, las llama visiones de Dios, como lo notan agudamente Nicolao de Lira, la Glosa ordinaria, Tertuliano, Teodoreto, San Basilio el Grande, y con más particularidad Cornelio à Lapide, que expresamente con Oleastro afirma que es frásis comun de los judíos para ponderar cualquiera cosa decir que es de Dios. De suerte que lo que en nuestra lengua es hispanismo del nombre de Lope, podemos decir que fué primero hebraismo del nombre de Dios en la Escritura: honor para Lope grande, empero, á mi ver, para el señor duque de Sesa mucho mayor. Paréceme, Señor excelentísimo (hablo con vuestra excelencia ahora, porque deseaba mucho la ocasion presente); paréceme, Señor, digo otra vez, que tendrá por paradoja esta proposicion, y no es sino verdad legítima, cuya prueba se verá calificada en tres razones, que hacen un silogismo evidente. Todas las cosas buenas fueron de Lope, esto nadie lo ignora; Lope fué siempre todo de vuestra excelencia, esto todos lo saben; luégo vuestra excelencia es dueño de Lope y de todo lo que le toca. La consecuencia es tan clara, que no necesita de prueba, porque ella se está publicando

á voces; y así, para encarecer la persona de vuestra excelencia es ocioso repetirle lo clarísimo de su sangre, lo venerado de su valor, lo aplaudido de su entendimiento, lo grande por tantos lados, lo imperioso por tantas jurisdicciones y lo amable por tan heroicas prendas, sino llamarle dueño de Lope; con que se excusan los demas títulos, pues esos y otros muchos más entran en el número de las cosas buenas: sea abono de este modo de ponderacion el Espíritu Santo en el capítulo veinte y seis del *Génesis* y en el tercero del *Éxodo*, donde dice Dios, para acreditarse con los incrédulos de su omnipotencia y darles á entender su deidad altísima, que es Dios de Abraham. Admírase Cornelio à Lapide, explicando este lugar en sus *Comentarios*, de que, pudiéndose llamar Dios de todas las criaturas, se satisfaga con que sepan que lo es de Abraham solamente; y responde el mismo Cornelio que era Abraham tan puro, tan virtuoso, tan venerable, tan santo y tan bien querido, que le bastó á Dios para la reduccion de aquellos infieles y para la demostracion de su infinito poder llamarse Dios de un varon tan justo. La aplicacion es tan fácil y tan consecuente, que nadie puede huir la cara á su inteligencia; y así, para no malograr el tiempo vuelvo á proseguir los elogios de nuestro

Lope, que es lo mismo que volver á las alabanzas de vuestra excelencia.

Tuvo un espíritu tan generoso y una inclinacion tan noble de ilustrar su nacion, su patria y sus amigos, que hizo vanidad virtuosa de que no hubiese hazañoso príncipe, varon celebrado, catedrático docto, predicador provecto, capitan valiente, pintor insigne, artífice famoso y poeta elegante que no celebrase en sus escritos; si bien con todo esto no se pudo librar de emulaciones; que hacer beneficios y hacer ingratos no son dos cosas; pues miéntras vivió, á vueltas de los honores que por otras partes granjeaba, siempre estuvo padeciendo sátiras de los maldicientes, detracciones de los ignorantes, libelos de los enemigos, notas de los mal intencionados, correcciones de los melindrosos y invectivas de los bachilleres, con tanto extremo, que sólo su muerte pudo ser asilo de su seguridad, haciendo la lastima lo que no pudo recabar el mérito, pues muchos de los que le lloraron muerto fueron los mismos que le murmuraron vivo; bien así como á Moises los israelitas, que, segun Oleastro, nunca le alabaron en vida; ántes, en lugar de agradecerle los milagros, ya exprimiendo las piedras para apagar su sed insaciable, ya haciendo calles en los páramos del mar para que pasasen seguros, y otros infinitos

favores á este modo, le tiraban piedras, y viéndole morir plañeron amargamente diciendo: «¡Ay tristes de nosotros, que perdimos nuestro profeta santo!» Que no es novedad, aunque es desdicha, haber menester morirse un hombre grande para hacerse bienquisto, y áun plegue á Dios que así lo quede; que hay envidia tan terca, que conserva un ódio sobre una muerte, y pasa el rencor de esotra parte de la vida. Pero ¿qué importa, si sólo con dejarla en su afan, repetido sin provecho, se castiga su destemplanza? Y más hoy, que ha de estar viendo, aunque la pese, en favor deste felicísimo héroe tantas glorias de pompas funerales, tantos honores de príncipes augustos, tantos aplausos de concursos nobles, tantos sufragios de corazones piadosos, tantas lágrimas de afectos apasionados, tantos créditos de predicadores insignes, tantas inscripciones de varones doctos, y tantos dulcísimos metros de diferentes Sénecas y Virgilios, que están virtuosamente quejosos de la fortuna porque ya no está pronto el jaspe, prevenido el mármol y aparejado el bronce, ó para la estatua, ó para la urna, ó para el sepulcro, ó para todo; que todo lo merece quien nació para milagro de la naturaleza y murió para crédito de la posteridad. Y si alguno hiciere escrúpulo de que este linaje de ho-

nores se haga con un hombre particular, vuelva los ojos á las historias, haga memoria de las noticias y consulte las canas de la antigüedad, y verá en ellas cómo se festejaron los cadáveres de los singulares varones en otros tiempos. Por el cuerpo de Homero batallaron siete ciudades en sangrienta contienda; y no sólo le edificaron templo todas, sino que Grecia le batió moneda, que se llamaba *homería*, para memoria eterna de su nombre. Estando Alejandro sobre Aténas determinado al último asalto, tuvo nuevas de que dentro de la ciudad habia muerto Sófocles, poeta trágico, y que le querian enterrar, y porque la asistencia del asalto no impidiese el último beneficio al poeta, suspendió el órden que tenía dado por tres dias; y entrando despues derribando las casas, reservó la de Píndaro por lo mismo, con las vidas de todos sus deudos. Roberto, rey de Nápoles, pidió al Petrarca recibiese de su mano el laurel de príncipe de los poetas de Italia. Honorio y Claudio, emperadores, consagraron estatuas en el foro Trajano á Claudio, poeta elegantísimo. Roma mandó colocar las cenizas de Enio. Domiciano sentaba á su mesa á Estacio, y Vespasiano hablaba á todas horas con Valerio, y en su muerte les asistieron para honrallos. El emperador Elio Vero estimó á Marcial de

manera que puso despues de muerto su retrato entre los augustos emperadores. Augusto César tuvo á Virgilio por su privado íntimo; y mandando el mismo poeta en su testamento quemar su *Eneida*, no solamente lo excusó Augusto, sino que compuso nuevos versos en su alabanza. Al insigne Camoens, único poeta, le hizo Lisboa solemnísimas honras. El duque del Infantado fabricó capilla y urna al celebrado Juan de Mena en Guadalajara. Y lo que es más para el intento nuestro, el invictísimo emperador Cárlos V, viendo una vez herido á Garcilaso de la Vega, salió con su gente á defenderle. Y sabiendo en otra ocasion, de allí á muchos dias, que le habian muerto unos villanos enemigos nuestros, despeñándole de una torre donde le tenian preso, puso sitio á la torre, y en entrándola, con ser tan piadoso, no dejó vivo á ninguno dellos, en venganza del muerto, á quien estimaba por gran poeta.

Todo esto es verdad constante; luego si Lope de Vega sólo monta más que todos los poetas juntos, digno será del premio que merece cualquiera; y si es verdad tambien que muchos autores gastaron toda una vida en encarecer una virtud particular; como la grandeza en Alejandro, la ciencia en Ptolomeo, la justicia en Numa Pompilio, la clemencia en Julio César, el

ingenio en Ulíses, el valor en Hércules, la poesía en Virgilio, la gravedad en Caton, la pobreza en Curio, la verdad en Trajano, la paciencia en Augusto, la piedad en Antonino, la templanza en Constancio, la humildad en Teodosio, ¿qué merecerá quien lo tuvo todo, siendo, como hemos dicho, liberal, docto, justo, blando, ingenioso, constante, poeta, circunspecto, pobre, verdadero, magnánimo, perdonador, templado y humildísimo? Pues si esto es así, y de más á más murió tan prevenido de diligencias para su salvacion, que hizo certidumbres nuestras esperanzas (tales fueron sus resignaciones en la voluntad de Dios, tales las lágrimas que vertieron sus ojos enternecidos, y tales los actos de contricion verdadera que pronunciaron sus labios afectuosos), ¿qué importa que la detraccion blasfeme, que la calumnia brame, que la ignorancia murmure, que el rencor informe, que el engaño porfíe, que la soberbia ladre, que el ódio persevere y que la envidia escupa veneno en lugar de saliva, si está de nuestra parte la verdad dando voces, la fama publicando triunfos, las naciones previniendo lauros, los reinos consultando estatuas, y toda la redondez del orbe erigiendo pirámides á su memoria, por el más insigne varon que han conocido y venerado entrambos mundos, el de

Europa por la presencia y el de América por la noticia? Y ¿qué importa, finalmente, cuantos émulos quiera introducir la cavilacion, si tiene LOPE de su parte por defensa, asilo y sagrado la magnífica piedad de Felipe IV el Grande, imitador en todo del invencible Cárlos V, su bisabuelo; por Mecénas al señor duque de Sesa, su amigo y su valedor verdadero, y por piadosa madre á la ilustre villa de Madrid, que siempre le trató con veneracion, honrándole con aplausos en la vida y aplaudiéndole con lágrimas en la muerte? ¿Qué mucho, si perdió en tres dias su mayor tesoro, quedando sin el Apolo que alumbraba sus tinieblas, sin el Orfeo que suspendia sus sentidos, sin la lira que cantaba sus hazañas, sin la pluma que repetia sus fiestas, sin el espíritu que celebraba sus santos, sin la voz que pregonaba sus antigüedades, sin el ingenio que divertia sus pesadumbres y sin el hijo que la honraba con sólo su nombre?

LA DISCRETA ENAMORADA.

PERSONAS.

Belisa, *viuda.*
Fenisa, *su hija.*
El capitan Bernardo.
Lucindo, *su hijo.*
Hernando, *criado.*
Leonardo, *criado.*
Gerarda, *dama.*
Doristeo, *gentilhombre.*
Finardo, *gentilhombre.*
Fulminato, *criado.*
Liseo.
Fabio.—Criados.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

BELISA y FENISA, *tapadas.*

BELISA.
Baja los ojos al suelo,
Porque sólo has de mirar
La tierra que has de pisar.
FENISA.
¡Qué! ¿No he de mirar al cielo?
BELISA.
No repliques, bachillera.
FENISA.
Pues ¿no quieres que me asombre?

Crió Dios derecho al hombre
Porque al cielo ver pudiera;
Y de su poder sagrado
Fué advertencia singular,
Para que viese el lugar
Para donde fué criado.
Los animales, que el cielo
Para la tierra crió,
Mireń al suelo; mas yo
¿Por que he de mirar al suelo?

BELISA.

Mirar al cielo podrás
Con solo el entendimiento;
Que un honesto pensamiento
Mira la tierra no más.
La vergüenza en la doncella
Es un tesoro divino:
Con ella á mil bienes vino,
Y á dos mil males sin ella.
Cuando quieras contemplar
En el cielo, en tu aposento,
Con mucho recogimiento,
Tendrás, Fenisa, lugar.
Desde allí contemplarás
De su grandeza el proceso.

FENISA.

No soy monja, ni profeso
Las liciones que me das;
Y si para atormentarme
Me trujiste al jubileo,
Más cumplieras tu deseo
Pudiendo en casa encerrarme.
Dejárasme con diez llaves.

BELISA.

¿Extremos haces agora?

FENISA.

Pues ¿no he de sentir, señora,
Que por momentos me acabes?
¡Con mis ojos vas riñendo!
¿En qué te dan ocasion?

BELISA.

Por ser santa la estacion,
Voy tus ojos componiendo.
Y no recibas enojo;
Que doncellas y hermosuras
Son como las criaturas,
Que suelen morirse de ojo.
Hay mancebete en Madrid,
Que si te mira al soslayo,
Hará el efecto del rayo.

FENISA.

El efecto me decid.

BELISA.

Abrasarte el corazon,
Dejando sano el vestido.

FENISA.

Ya sabes tú que no he sido
De tan tierna condicion.

BELISA.

Decia tu abuela honrada
Que una doncella altanera
Era en la calle una fiera
De cazadores cercada.
Piérdese cuando la alaban,
Ríndese cuando suspiran;
Que cuantos ojos la miran,
Con tantas flechas la clavan.

FENISA.

Pues ¿cuándo se ha de casar
Una mujer nunca vista?

BELISA.
Eso no ha de ser conquista;
Que es imposible acertar.
FENISA.
Pues ¿qué ha de ser?
BELISA.
Buena fama
De virtud y de nobleza.
FENISA.
Donde falta la riqueza
Mucho la hermosura llama;
Que ya no quieren los hombres
Sola virtud.
BELISA.
Pues ¿qué?
FENISA.
Hacienda.

ESCENA II.

LUCINDO, GERARDA Y HERNANDO, *que se quedan á un lado de la calle, distantes de* BELISA Y FENISA.

GERARDA. (*A Lucindo.*)
¿Que soy tu querida prenda?
LUCINDO. (*A Gerarda.*)
Así es razon que te nombres.
GERARDA.
Galan de palabras vienes.
LUCINDO.
Ando al uso.
FENISA. (*Aparte.*)
Este es Lucindo.
GERARDA.
Luego ¿préciaste de lindo?

LUCINDO.

¿De lindo? Donaire tienes.
Préciome de hombre.

FENISA. (*Aparte.*)

¡Ay de mí!
Locamente imaginé
Poner en hombre la fe,
Que con el alma le di,
No habiendo nacido dél
La pretension de mi amor.

GERARDA.

Para un amante hablador
Soy en las tretas cruel;
Que conmigo no hay chacota,
Por vida del gusto mio.

LUCINDO.

De tus locuras me rio.

GERARDA.

¡Qué gato de algalia azota!
Por su vida, que no saque,
Con arrobas de rigor,
Un adarme de mi amor.

LUCINDO.

Tu rigor mi amor aplaque;
Que alabarte una mujer
Que pasaba junto á tí,
No haciendo malicia en mí,
¿Qué delito puede ser?
Y ya te dije que tú
Eras mi querida prenda.

GERARDA.

Vaya á poner esa tienda
A las Indias del Perú.
Todas esas niñerías
De cuentas y de espejuelos

Para bobas son anzuelos;
No conmigo argenterías.
Oro macizo de amor
Me han de dar, no plomo, á mí.

FENISA. (*Aparte.*)

¿Que á quien no sabe de mí
Amase con tal rigor?
¿Que no me conozca este hombre,
Y que me muera por él?

ESCENA III.

DORISTEO, FINARDO. — BELISA Y FENISA, *á un lado;* LUCINDO, GERARDA Y HERNANDO, *al otro.*

FINARDO. (*A Doristeo.*)

Por aquí la vi con él.

DORISTEO.

Y ¿es galan?

FINARDO.

Es gentilhombre.

DORISTEO.

¿Si son éstos?

FINARDO.

Estos son.

GERARDA.

¿Ve aquel mancebo que viene?

LUCINDO.

Sí veo.

GERARDA.

Pues aquel tiene
De mis véras posesion.
Cuanto te dije es fingido;
Cuanto te quise es burlando.

Voyme; que me está aguardando.
(*Pásase á Doristeo.*)

LUCINDO.

¿Qué haré?

HERNANDO.

Mosquetazo ha sido.

LUCINDO. (*Aparte á Hernando.*)

¿Quitaréle la mujer?
¿Acuchillaréle, Hernando?

HERNANDO.

¿Quiéresla?

LUCINDO.

Estoyme abrasando.

HERNANDO.

Agua será menester.
¡Que nadie merezca amor
Sino es las libres mujeres!

GERARDA. (*A Doristeo.*)

Digo que mis ojos eres.

DORISTEO.

Templando vas mi rigor.
Como acompañarte vi
Este galan majadero,
Preciado de caballero,
Notable enojo sentí;
Mas en ver que le has dejado,
Brazos y gracias te doy.
. . . . (1).

GERARDA.

Vén conmigo.

DORISTEO.

¿Adónde?

(1) Falta un verso para la redondilla.

GERARDA.

Al Prado.

(*Vanse Gerarda, Doristeo y Finardo.*)

ESCENA IV.

BELISA, FENISA, *á un lado;* LUCINDO Y HERNANDO, *al otro.*

LUCINDO.

¿Fuéronse?

HERNANDO.

Con mucha prisa.
No te aflijas, que es martelo.

LUCINDO.

¿Quién es aquélla?

HERNANDO.

Recelo
Que es la vecina Fenisa.
Pero tiene una giganta
Por madre; que es emprender
A Irlanda.

FENISA. (*Aparte.*)

Nunca mujer
Se puso á locura tanta.
¡A un hombre que no me ha visto,
Ni se acuerda si nací,
Quiero bien!

LUCINDO.

Nunca la vi.

FENISA. (*Aparte.*)

¡Qué mal mi inquietud resisto!
¿Cómo le daré ocasion
Para que el rostro me vea?
Amor mil cosas rodea.....
— Todas sin remedio son.

HERNANDO.

Si vieses esta doncella,
Te doy palabra, señor,
Que olvides tu loco amor,
Porque es sábia, honesta y bella.
Aunque no sé que he pensado
De tu padre.....

LUCINDO.

¿De mi padre?

HERNANDO.

Pero quizá con su madre
Casarse tiene pensado,
Y áun es más puesto en razon.

LUCINDO.

¿Casarse mi padre agora?

HERNANDO.

Habla y mira á esta señora,
Que es de rara perfeccion.

LUCINDO.

Llevóme el alma Gerarda,
Celos me tienen sin mí.
¿Qué quieres que mire aquí?

HERNANDO.

Esta hermosura gallarda.

LUCINDO.

No hay vista en hombre celoso;
Todo le parece mal.

FENISA. (*Aparte.*)

Ya he pensado traza igual
A mi designio amoroso.
Pasaré junto á Lucindo,
Dejaré el lienzo caer,
Y al dármele, podrá ser
Mire el alma que le rindo;
Que si á los ojos me mira,

Verá toda el alma en ellos.

HERNANDO.

Mira aquellos ojos bellos,
Donde amor de amor suspira.

BELISA.

Vámonos, hija, que es hora
De recogernos á casa.

HERNANDO.

Ya junto á nosotros pasa;
Mira su belleza ahora.

(*Pasan Belisa y Fenisa, y ésta deja caer el lienzo.*)

LUCINDO.

Un ángel me ha parecido.

HERNANDO.

El lienzo se le cayó.

LUCINDO.

Quedo, darésele yo.

(*Alza el lienzo, y se dirige á las damas.*)

Que volvais el rostro os pido.

FENISA.

¿Qué es, señor, lo que mandais?

LUCINDO.

Este lienzo se os cayó.

FENISA.

¿A mí? sospecho que no.
Pero esperad.

(*Desenfáldase toda, y descúbrese.*)

LUCINDO.

¿Qué buscais?

FENISA.

Si tengo en la manga el mio.

BELISA.

¿Qué es eso?

FENISA.

En esta no está.

BELISA.

¿Qué es eso?

FENISA.

El lienzo me da.

BELISA.

Pues ¿es tuyo?

LUCINDO. (*Aparte.*)

Gentil brío.

FENISA.

Eso es lo que ando mirando.
En esta no está tampoco.

HERNANDO. (*Aparte.*)

Volver puede un hombre loco
Aquel mirar suave y blando.

FENISA.

Miraré las faldriqueras.

BELISA.

Acaba.

FENISA.

Ya me doy prisa.

BELISA.

Vamos, Fenisa.

FENISA.

Ni en estotra está.

BELISA.

¿Qué esperas?

FENISA.

¿Tiene unas randas?

LUCINDO.

Sí tiene.

FENISA.

¿Y encaje?

LUCINDO.

¿No lo mirais?

BELISA.

Despacio en la calle estais,
Donde todo el mundo viene.

FENISA.

Pues ¿quiere vuesa merced
Que lleve lo que no es mio?

LUCINDO.

Señora, de vos le fio.

FENISA.

Haceisme mucha merced.
¿Tiene un poco descosido
De una randa?

LUCINDO.

Sí, sospecho.

FENISA.

¿A qué lado?

BELISA.

Es sin provecho.

LUCINDO.

De vos sospecho que ha sido.

BELISA.

Señor, dejadnos pasar.
Poned el lienzo en la pila
Del agua bendita.

FENISA. (*Aparte.*)

Afila,
Amor, tu flecha al tirar.

BELISA.

Vamos.

FENISA.

Yo voy.
(*Hace que se va, y luégo vuelve.*)

HERNANDO.

¿No es hermosa?

LUCINDO.

Celos, ¿por qué me cegais?

FENISA. (*Volviendo.*)

¡Ah, señor!

LUCINDO.

¿Qué me mandais?

FENISA.

Advertiros de una cosa.
Si de aqueste lienzo acaso
Parece más cierto dueño;
Que mi palabra os empeño
(*Ap.* Iba á decir que me abraso)
Que no sé cierto si es mio;
Diréis que vivo en la calle
De los Jardines.....

HERNANDO. (*Aparte.*)

¡Que talle!
¡Qué gracia! ¡Qué rico brío!

FENISA.

En frente del capitan
Bernardo Lucindo.

LUCINDO.

El mismo
Es mi padre.

FENISA. (*Aparte.*)

¡Ay dulce abismo
Donde abrasándome están!

BELISA.

¿Estás loca?

FENISA.

Ya me voy;
Que aqueste hidalgo decia
Que es mi vecino.

BELISA.

¡Porfía!

Vamos.

FENISA. (*Aparte.*)

¡Qué perdida estoy!

(*Vanse las dos.*)

ESCENA V.

LUCINDO, HERNANDO.

HERNANDO.

¿Qué te parece?

LUCINDO.

Que es bella,
Cortés, discreta y gallarda;
Mas quiero bien á Gerarda,
Y vase el alma tras ella.
Celos es suelo traidor,
Resbaladizo, de suerte,
Que hará caer al más fuerte
En los lodos del amor.
Terrible cosa es mirar
Una mujer desdeñosa
Hablar otro hombre celosa,
Cuando se quiere vengar.
Aunque mi amor fuera poco,
Que poco debe de ser,
Ver tan libre una mujer
Bastaba á volverme loco.

HERNANDO.

Mujeres libres, señor,
Son siempre las más queridas,
Y áun iba á decir perdidas,
Pues han perdido el honor.
Llora la mujer honrada

El siempre injusto desden
Del hombre que quiere bien;
Y á él no se le da nada,
Porque sabe que ha de estar
Pudriéndose en su aposento;
Pero cuando el pensamiento
Se pone aquí, no hay burlar;
Que apénas con los enojos
Sacarás de casa el pié,
Cuando consolada esté
Con mil hombres á tus ojos.

LUCINDO.

Por eso el amor no dura
En libres, sino en honradas.

HERNANDO.

Cuelgan de celos y espadas
Hombres de poca cordura,
Quiero decir poca edad.
Ya espero verte algun dia
Léjos de aquesta porfía
Y cerca desta verdad.

LUCINDO.

Hartas causas me retiran.

HERNANDO.

Una mujer libre y loca
Es como mona, que coca
A los niños que la miran;
Pero cuando llega el hombre
Que tiene gobierno y palo,
Espúlgale con regalo,
Y no hay voz que no le asombre.
A los mozos sin consejo
Las mujeres hacen cocos,
Porque son niños y locos;
No al hombre maduro y viejo.

Ya te ha visto en los anzuelos;
Y aunque no puede sacarte,
Alarga cuerda, con darte
Celos, celos y más celos.

LUCINDO.

¿Qué he de hacer?

HERNANDO.

Buscar, señor,
Una bella contracifra.

LUCINDO.

¿Luego el amor se descifra?

HERNANDO.

Sí.

LUCINDO.

¿Con qué?

HERNANDO.

Con otro amor.

LUCINDO.

No tratemos de eso agora;
Vamos á ver en qué pára.

HERNANDO.

¿Ves como es cosa muy clara
Que con celos te enamora?
¡Qué bien, Lucindo, un discreto
Cañas de pescar las llama!
Pescan honra, hacienda y fama,
Aunque cañas en efeto.
¿No te afrentas que una cosa
Que á todo viento blandea,
Para derribarte sea
Enemiga poderosa?
A tu hacienda pone cebo,
De celos hace sedal;
Pues ¿cabe que en hilo igual
Cuelgue un discreto mancebo?

Lo que aquel sabio decia
Por las leyes, muy mejor
Por la mujer y el amor
Agora decir podia.
Son como telas de araña,
Pescan moscas, débil gente;
Mas no el animal valiente,
Que las rompe y desmaraña.
Afréntate de que yo
Te enseño el vivir.

LUCINDO.

No seas
Pesado: miéntras me veas
Donde el amor me enlazó,
De aquella tela de araña
Soy mosca.

HERNANDO.

¡Y qué mosca..... tel!

LUCINDO.

Ya soy pez simple y fïel
Del cebo de aquella caña.
Vamos, volveréla á ver;
Que me ha picado en el dedo
Del corazon.

HERNANDO.

Tengo miedo
Que algo te ha de suceder.

LUCINDO.

A ver vuelvo mis enojos.

HERNANDO.

¡Jesus! ¡qué necios desvelos!

LUCINDO.

Dióme pimienta de celos;
Voy á beber por los ojos.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Belisa.

ESCENA VI.

BELISA, FENISA.

BELISA.

¿Haste quitado tu manto?

FENISA.

Quitado, señora, está.

BELISA.

Pues toma ese manto allá.

FENISA.

De tu cólera me espanto.
¡Válgame Dios! ¿qué te hago?
Con cualquier cosa te ofendo.

BELISA.

¿Tú piensas que no te entiendo?
Yo tengo mi justo pago.
Si yo te encerrase en casa,
Pocas veces me darias
Estos disgustos.

FENISA.

Los dias
Que esto por milagro pasa,
Que al fin son de un jubileo,
Tan caros me han de costar,
Que te tengo de rogar
Que me encierres.

BELISA.

No lo creo.

FENISA.

¿De qué te quejas de mí,
Que siempre me andas riñendo?

BELISA.

De tu libertad me ofendo.

FENISA.

¿Libertad?

BELISA.

Yo ¿no lo vi?

FENISA.

¿Qué mancebo me pasea
Destos que van dando el talle?
¿Qué guijas desde la calle
Me arroja, porque le vea?
¿Qué seña me has visto hacer
En la iglesia? ¿Quién me sigue
Que á estar celosa te obligue?
¿Qué vieja me vino á ver?
¿Qué billetes me has hallado
Con palabras deshonestas?
¿Qué pluma para respuestas?
¿Qué tintero me has quebrado?
¿Qué cinta, que no sea tuya
O comprada por tu mano?
¿Qué chapin, qué toca?

BELISA.

En vano
Quieres que mi honor te arguya.
No me quejo de que sea
Verdadera la ocasion.

FENISA.

Pues, ¿qué es esto?

BELISA.

Prevencion.
Mi honor el tuyo desea.
Querria que te guardases
Deso mismo que me adviertes,
Y que á esas puertas más fuertes

Nuevos candados echases.

FENISA. (*Aparte.*)

Tanto me podrás guardar.....

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que haré tu gusto;
Pero cáusame disgusto
Tanto gruñir y encerrar.
¿Fuiste santa, por tu vida,
En tu tierna edad?

BELISA.

Fuí ejemplo
En casa, en calle y en templo,
De una mujer recogida.
Los ojos tuve con llave.

FENISA.

¿Cómo te casaste?

BELISA.

El cielo
Vió mi virtud y mi celo;
Que el cielo todo lo sabe.

FENISA.

Mi tia me dijo á mí
Que hacias mil oraciones,
Y andabas por estaciones.

BELISA.

¿Yo para casarme?

FENISA.

Sí;
Y mil viérnes ayunabas,
A un padre del yermo igual;
Y haciendo esto, es señal
Que casarte deseabas.

BELISA.

Nunca tal imaginé.
Miente, por tu vida y mia;
Que ántes monja ser queria,
Y sin gusto me casé.

FENISA.

Pues ¿cómo fuiste celosa
De mi padre, que Dios haya?

BELISA.

Porque no habia joya ó saya,
Plata en casa, ni otra cosa,
Que no diese á cierta dama.
Hacía aquel sentimiento
Por vosotras.

FENISA.

Golpes siento.

BELISA.

Mira, Fenisa, quién llama.
(*Llégase Fenisa á mirar por la reja.*)

FENISA.

Por entre la reja vi
El capitan tu vecino.

BELISA.

Ya lo que quiere adivino.

FENISA.

¿Ya lo sabes? ¿Cómo ansí?

BELISA.

Há dias que da en mirarme.
Creo que me quiere bien;
Yo le he mostrado desden,
Y querrá en bodas hablarme.
Y por tu vida, Fenisa,
Que no me estuviese mal;
Que es un hombre principal.

FENISA.

Perdona, madre, esta risa.

BELISA.

¿De qué te ries?

FENISA.

De ver
La santidad que tendrias
Cuando más moza serías,
Que ejemplo debió de ser
En casa, en calle, y en templo.
De llamar el capitan
¿Esos barruntos te dan?
Tomar quiero el buen ejemplo.

BELISA.

Loca, es un hombre muy rico,
Y esta casa está sin hombre:
Seráte padre en el nombre.

FENISA.

Que me escuches te suplico.
¿Es para guardarme á mí?

BELISA.

No es otra mi prevencion
Que ver en casa un varon
Que te guarde y honre á tí.

FENISA.

Pues cásame á mí primero,
Y guárdeme mi marido.

BELISA.

Cuando se hubiera ofrecido,
Lo hiciera, y hacerlo espero.

FENISA.

Yo en los términos te arguyo.

BELISA.

Este guardará tu honor.

FELISA.
¿No me guardára mejor
Mi marido que no el tuyo?

BELISA.
Hijo tiene, y ser podria
Concertar esto tambien.

FENISA. (*Aparte.*)
¡Ay, mi Lucindo y mi bien!
¡Quién viese tan dulce dia!

ESCENA VII.

EL CAPITAN BERNARDO, *muy galan, con su gorra de plumas, espada y daga, como capitan á lo antiguo;* FULMINATO *y* OTRO CRIADO.—DICHAS.

CAPITAN.
Como en salirse tardaban,
La licencia no aguardé;
Porque en eso imaginé,
Señoras, que me la daban;
Fuera de que el ser vecino
Desde que vine de Flándes,
Me alienta á cosas más grandes.

BELISA.
(*Ap.* Lo que me quiere imagino.)
Agravio se nos hiciera,
Si vuestra merced no entrára,
Y en esta casa mandára
Como si en la suya fuera.
Llega esas sillas, Fenisa.
(*Siéntase el Capitan.*)

CAPITAN.
Vosotros salios allá.
(*A sus criados, que se van.*)

BELISA.

Pena, Fenisa, me da (*Ap. á ella.*)
Que me cogiese de prisa.
¿Está bien puesta esta toca?

FENISA.

Nunca mejor te la vi.

BELISA.

¿Tengo alegre el rostro?

FENISA.

Sí.

BELISA.

¿Parécete que provoca?.....

FENISA.

Sí, madre.

BELISA.

¿A qué?

FENISA.

A devocion.

BELISA.

¡Maldita seas, amén!
Nunca me has querido bien.

FENISA. (*Aparte.*)

¡Oh santas de privacion!
Cuando no pueden comer,
Les pesa de ver con dientes
A las otras. ¿Que esto intentes?
No me espanto, eres mujer.

BELISA.

Hoy me descuidé en ponerme
Un poquito de salud.

FENISA.

No tengas tanta inquietud.

BELISA.

¿Cómo?

FENISA.

Tu galan se duerme.

BELISA.

Ahora bien, voy á sentarme.

FENISA.

La vergüenza de su amor
Te dará, madre, color.

(*Siéntase Belisa.*)

BELISA.

Ya, señor, podeis hablarme.

CAPITAN.

Belisa, el ser vecino (que en efecto,
Me obliga á reparar en vuestra casa)
De su virtud me ha dado buen conceto.
Veo tarde y mañana cuanto pasa;
Tras esto sé de coro su nobleza,
Como suele informarse quien se casa;
Y como la virtud y la belleza
Sean despertadores del sentido,
Aunque duerme la edad con más pereza,
Yo me he animado á daros un marido
Tal como yo, que tengo ménos años
De los que habréis, de verme, conocido;
Sino que esto de andar reinos extraños
Con las armas, dormir en la campaña,
Caminos, velas, militares daños,
Correr la posta á Flándes desde España,
Consumen la robusta gallardía
Que los floridos años acompaña.
Dios haya á Cárlos Quinto, que decia
Que la posta y la mar le envejecieron,
Cuando apénas cuarenta y seis cumplia.
Yo nací el año de sesenta, y fueron
El Duque y la Duquesa mis padrinos,
Cuyas Albas tal luz á España dieron.

Heme hallado en jornadas y caminos,
Que si fuera de bronce me acabáran.
En fin, señoras, somos hoy vecinos.
Mucho los viejos una casa amparan;
Los mozos son polilla de la hacienda,
Que unos á andar comienzan, y otros paran.
Mi edad no es bien vuestra virtud ofenda;
Que estoy muy ágil, fuerte, como y duermo,
Y sé á un caballo gobernar la rienda.
Yo pienso que en mi vida he estado enfermo;
Solo mano enemiga me ha sangrado,
Y un desafío público en Palermo.
Ese hijuelo que tengo es bien criado,
Mañana le darán una bandera,
Y un hábito le tengo negociado:
No dará pesadumbre.

FENISA. (*Ap.*)

¡A Dios pluguiera
Que ya estuviera en casa!

CAPITAN.

Finalmente,
Se irá Lucindo por momentos fuera.
Suplícoos, pues, Belisa, humildemente
Que me deis á Fenisa vuestra hija;
Que yo pienso dotarla honestamente,
Para que ella gobierne, mande y rija
La poca hacienda que ganó mi espada,
Si no es que mi cansada edad la aflija;
Que muy presto verá que no es cansada.

BELISA.

¡A mi hija, Capitan,
Me pide vuestra merced!

CAPITAN.

Y tendré á mucha merced,
Si esas manos me la dan.

FENISA. (*Ap.*)

¡Triste de mí! ¿Qué es aquesto?
Pensé que á mi madre amaba,
Y que ya Lucindo estaba
A mi remedio dispuesto.
Sueño fué mi fantasía
En una ocasion tan alta,
Pues la gloria que me falta,
Soñaba yo que tenía.

BELISA.

Pensé que vuestro deseo
A quererme se inclinaba.

CAPITAN.

No, Belisa.

BELISA.

Alegre estaba....
Y lo estoy de lo que veo.
—Hija, ya ves su intencion.

FENISA.

(*Ap.*) (La fe que tuve en mi bien
Me hizo tener tambien
Alegre mi corazon.
Mas como era fe engañada
Del sueño que imaginé,
Fe falsa y fingida fué,
Fe traidora y fe burlada,
Fe de un sueño que dormia;
Y si soñada ha de ser,
Yo juro de no creer
Más á la fe.) Madre mia, (*Ap. á ella.*)
Pensé qué fuérades vos
La novia del Capitan.

BELISA.

Léjos sus intentos van,
Y estoy corrida, por Dios.

FENISA. (*Ap.*)
¡Ay sueño de mi aficion!
¡Qué bien, pues que me engañé
Por vuestras burlas, diré
Que los sueños sueños son!

BELISA.
Fenisa, aunque estoy corrida
De haber pensado casarme,
No lo estoy de imaginarme
De tu verde edad vencida.
Discreta eres; procura
Persuadirte á lo que ves.

FENISA.
Si á tu edad vence interés,
A mi edad vence hermosura.
Los viejos, que habeis gozado
Vuestros años, atendeis
A lo que gozar podeis
Con avariento cuidado.
Quereis regalo, dinero,
Descanso y ociosidad,
Y envidiando nuestra edad,
Esto pretendeis primero.
Desobedecerte fuera
Cosa indigna á mi virtud;
Pero fáltame salúd.
El término considera,
Y pídele por un mes,
Miéntras se concierta todo.

BELISA.
Yo lo sabré hacer de modo
Que muchas gracias me dés.
(*Llégase á hablar al Capitan.*)

FENISA. (*Ap.*)
Discreta he sido en decir

Que este casamiento aceto,
Pues de mi amor el efeto,
Puedo por él conseguir,
Que si luégo le negára
Y con disgusto se fuera,
Tarde á mi Lucindo viera,
Tarde á mi Lucindo hablára.
Con entrar su padre aquí,
Habrá comunicacion.
(*Hablan á solas el Capitan y Belisa.*)

CAPITAN.

Todas esas cosas son
De gran gusto para mí.
El término acepto, y digo
Que un mes la quiero esperar.
Pero déjamela hablar.

FENISA. (*Ap.*)

¡Qué notable intento sigo!

CAPITAN.

Nunca desa discrecion,
En Madrid tan celebrada,
Salió, mi Fenisa amada,
Mas cuerda resolucion.
Tu virtud he confirmado;
Que no apetecer tu edad
Muestra bien la calidad
De ese pensamiento honrado.
Seré de hoy más, pues me honra
Tanto el saber que te igualo,
Un padre de tu regalo
Y un alcaide de tu honra.
Y dándome Dios salud,
Esta misma barba anciana
Servirá de barbacana
Al fuerte de tu virtud.

Y si esta nieve no trata
Bien el juvenil decoro,
Juntando á tus hebras de oro
Estos cabellos de plata,
Supliré en regalo y galas
Los defectos de la edad.

FENISA.

Con tu honor y calidad,
Señor, mis años igualas.
Deja la humildad aquí,
Pues ya soy tuya.

CAPITAN.

¿Soy tuya
Dijiste?

FENISA.

Sí, ya no es suya
Quien se ha de llamar de tí.

CAPITAN.

¿Otro favor? ¡Pesia tal!
¡No fuera en Flándes aquesto,
Para que se echára el resto
Con un festin general!
Torneo habia de haber,
Por vida del Capitan;
Y si licencia me dan,
En Madrid le pienso hacer.

FENISA.

Suplícoos, por vida mia,
La córte no alboroteis.

CAPITAN.

Haré lo que me mandeis,
Dulce esposa y prenda mia;
Mas si no fuera por vos....

FENISA.

Un poco tengo que hablaros.

CAPITAN.

Yo mucho que regalaros.

FENISA.

Mil años os guarde Dios.—
Yo no sabía que era vuestro hijo (*Ap. á él.*).
Lucindo, un caballero que solia
Entrar en vuestra casa algunas veces.
Mi madre me lo dijo cuando entrábades;
Y pues es vuestro hijo y vos mi esposo,
Que lo seréis, si Dios fuere servido,
Y me diere salud para gozaros....

CAPITAN.

¡Qué palabras tan dulces! Por Dios vivo,
Que el sol de aquella boca de claveles
La nieve de las canas me derrite.

FENISA.

Digo, Señor, que importará atajarle
La loca pretension con que me sirve.

CAPITAN.

¿Mi hijo os sirve?

FENISA.

Si el servirme fuera
Con la cordura y cortesía lícita
A una mujer de mis iguales prendas,
No me quejára con melindres vanos;
Que nunca me precié de gusto hipócrita.

CAPITAN.

Pues ¿cómo os sirve?

FENISA.

Con papeles locos,
Por manos de terceros, que á mi casa
Vienen con mil achaques y invenciones,
Echando mis amigas por terceras;
Y en todo aquesto, ni por pensamiento
Se le acuerda tratar de casamiento.

CAPITAN.

Es loco el mozo : perdonadle, os ruego ;
Que yo saldré fiador que no os enoje
De aquí adelante.

FENISA.

Pues que ya es mi hijo,
Os suplico, Señor, que cuerdamente
Le digais que me quejo deste agravio,
Y fíolo de vos, pues sois tan sabio.

CAPITAN.

Dejadme ese cuidado. El cielo os guarde.
— Belisa, yo le he dicho á mi Fenisa
Que pienso regalarla, y que no quiero
Vida por otra cosa : á Dios te queda ;
Que yo volveré á verte ; pero advierte
Que me has de dar licencia para verte.

BELISA.

Guárdete el cielo.

(*Vase el Capitan.*)

ESCENA VIII.

BELISA, FENISA.

BELISA.

Gran ventura ha sido,
Fenisa, la que el cielo nos ha dado.

FENISA.

¿Estás contenta?

BELISA.

¿No lo ves?

FENISA.

Sospecho
Que disimulas el pesar que tienes.

BELISA.

¿Cómo?

FENISA.

Porque quisieras tú casarte.

BELISA.

Malicia tuya. Vén.

FENISA. (*Ap.*)

¡Ay mi Lucindo!
Si no me entiendes con aqueste enredo,
No eres discreto ni en Madrid nacido;
Mas si me entiendes, y á buscarme vienes,
Tú naciste en Madrid, discrecion tienes.

(*Vanse.*)

Calle.

ESCENA IX.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Aun no sale aquel galan.

HERNANDO.

¿Qué es salir? Está despacio.

LUCINDO.

Mis celos no me le dan.

HERNANDO.

Es esta casa un palacio;
Mostrándosele estarán.
En sólo ver niñerías
Hay dos semanas enteras.
Andarán las galerías....
—Mejor esté yo en galeras,
Que la sirviera dos dias.

LUCINDO.

Si en galeras de Gerarda
Anda al remo este dichoso
Que agora en salir se tarda,

No sé yo cuál envidioso
A la ribera le aguarda.
¡Ay de mí, Hernando, que quiero
Una mujer diestra, astuta,
De amor vano y lisonjero,
Despejada y resoluta,
Y con un alma de acero!

HERNANDO.

Que el amor cause aficion
Está muy puesto en razon;
Pero que el ser muy querido
Descuido engendre y olvido,
Efectos bastardos son.

LUCINDO.

El sale, y ella se ha puesto
A la ventana.

HERNANDO.

Querrá
Verle galan y dispuesto.

ESCENA X.

DORISTEO, *que sale con* FINARDO *de casa de* GERARDA, *la cual se asoma á su ventana.*— DICHOS.

GERARDA. (*Ap.*)

Lucindo en la calle está.

LUCINDO.

¡Tantas desdichas! ¿Qué es esto?

DORISTEO.

¿No es gallarda?

FINARDO.

Es extremada.
¡Qué discreta y qué cortés!

DORISTEO.
Todo en su talle me agrada.

FINARDO. (*Ap. á Doristeo.*)
¿Si es este Lucindo?

DORISTEO.
El es.

FINARDO.
¿Si viene á sacar la espada?

DORISTEO.
Venga á lo que más quisiere;
Yo sé que es aborrecido.

GERARDA.
(*Ap.*) (Celoso está; desespere;
Que por desdenes y olvido
Yo sé lo que un hombre quiere.
Más para picarle más,
Quiero hablar con Doristeo,
A quien no quise jamas;
Que por abreviar rodeo,
Y por saltar vuelvo atras.)
¡Ah, caballero!

LUCINDO.
¿Es á mí?

GERARDA.
No os llamo, señor, á vos.

DORISTEO.
¿Y á mí, señora?

GERARDA.
A vos sí.

LUCINDO.
¿No ves aquello?

HERNANDO. (*Ap. á Lucindo.*)
Por Dios,
Que es infamia estar aquí.



LUCINDO.

Buscarémos invencion
Para que entienda que vengo
Aquí con otra ocasion.

GERARDA. (*A Doristeo.*)

Salir esta noche tengo ;
Acompañarme es razon.

DORISTEO.

¿Dónde iréis?

GERARDA.

Pienso que al Prado.
Venid por mí.

DORISTEO.

Yo vendré.

LUCINDO.

Ir al Prado han concertado.

HERNANDO.

Tú fueras mejor, á fe.
Tus mismos celos te han dado.

DORISTEO.

¿Qué me mandais más?

GERARDA.

Serviros.

DORISTEO.

Adios.

FINARDO.

¿No nos quiere nada?

DORISTEO.

¿Puedo irme?

FINARDO.

Podeis iros.
(*Vanse Doristeo y Finardo.*)

ESCENA XI.

LUCINDO Y HERNANDO, *en la calle;*
GERARDA, *en la ventana.*

LUCINDO.

¿Que no he sacado la espada,
Haciéndome tantos tiros?
Pues ¡vive Dios, que he de darte
Celos, por ver si con celos
Puedo á quererme obligarte,
Ya que no quieren los cielos
Que pueda amando obligarte!

HERNANDO.

¿Cómo se los piensas dar?

LUCINDO.

Quiero esta noche llevar
Al Prado alguna mujer,
Adonde me pueda ver
Hablar, requebrar y amar.

HERNANDO.

Y ¿quién ha de ser?

LUCINDO.

No sé.

HERNANDO.

Hallarla será imposible.

LUCINDO.

No importa.— Yo te pondré
Un manto.....

HERNANDO.

Doña Terrible
Me podrás llamar.

LUCINDO.

Sí haré.

HERNANDO.

¿Estás loco?

LUCINDO.

Pues ¿qué importa?

HERNANDO.

¿No importa, si topo acaso
Gente de palabras corta?

LUCINDO.

Saldré yo muy presto al paso.
Hernando, la voz reporta.
Llega, y habla esa mujer.
Pregunta si vió unas damas.

HERNANDO.

Bien dices, déjame hacer.
Pues no agradas porque amas,
Celos serán menester.—
¡Ah, mi señora Gerarda!

GERARDA.

¿Eres tú, Hernando?

HERNANDO.

Yo soy.

GERARDA.

Tengo que hacer.

HERNANDO.

Oye, aguarda.

GERARDA.

¡Por tí en la ventana estoy!

HERNANDO.

Eres discreta y gallarda.

GERARDA.

¿Qué quieres?

HERNANDO.

Saber querría
En qué casas destas vive
Cierta doña Estefanía,

Porque un loco no me prive
De la racion deste dia :
Que me la mandó seguir,
Y la perdí por mirarte.

GERARDA.

¡Oh qué gracioso fingir!
Dígale á su Durandarte
Que me suelo yo reir
De tretillas tan groseras.
¡Ah, mi señor Beltenebros! (*A Lucindo.*)
¿Para qué son las quimeras?
Trueque celos en requiebros;
Lléguese, hablemos de véras.
¿De qué se finge valiente,
Si está, de verme, temblando?
Muestre el pulso : ¿á ver la frente?
¡Jesus, que se está abrasando!
¡Qué temerario accidente!
¡Hola! lleva á aquel celoso
Dos tragos de agua de azâr.

HERNANDO. (*Ap.*)

Macacao.

GERARDA.

¡Cuento donoso!
¿El me viene á amartelar?

LUCINDO.

Corrido estoy.

HERNANDO.

Yo furioso.
¿Conoces algun poeta?

LUCINDO.

¿Para qué?

HERNANDO.

Para enviar
Una sátira en receta

A esta bruja, ó hazle dar
Una hermosa cantaleta.
Haya pandorga esta noche;
Yo compraré los cencerros,
Aunque hasta el alba trasnoche.
Haya sábanas y entierros,
Campanillas, hacha y coche.
¡Vive Dios!.....

LUCINDO.

Calla, ignorante.
¡Ah mi bien, ah, mi Gerarda!

GERARDA.

¿Llamas? (*Vase.*)

LUCINDO.

¿Quítaste delante?
— ¿Adónde te vas? Aguarda,
Oye la voz de tu amante.
¿Para qué es matarme ansí?

HERNANDO.

¿Vive Estefanía aquí?

LUCINDO.

¿Quieres callar, bestia?

HERNANDO.

No.
Por aquí pienso que entró.

LUCINDO.

¡Mi bien, duélete de mí!

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

¡Válgame el cielo!

ESCENA XII.

EL CAPITAN.—LUCINDO, HERNANDO.

CAPITAN.

Todo hoy ando en busca tuya.

LUCINDO.

Lo que me quieres recelo;
Que no es mucho que lo arguya
De mi inquietud y desvelo.
Pero advierte, padre mio,
Que querer una mujer
No es en mi edad desvarío,
Antes señal de tener
Generoso talle y brío.
Si es porque no es muy honrada...

CAPITAN.

¿Cómo que honrada no es?
Lengua en escorpion bañada,
¿Mereces besar sus piés,
Ni áun tierra dellos pisada?

LUCINDO.

Estoy con enojo ahora
De mil celos que me ha dado,
Con un hombre ó dos que adora.

CAPITAN.

¿Qué dices de hombre adorado,
Y tan principal señora?
Pero diráslo por mí,
A quien debe de adorar.

LUCINDO.

¿Qué tambien te quiere á tí?

CAPITAN.

¿No la merezco agradar?

LUCINDO.

Sí, señor.

CAPITAN.

¿Mascas el sí?

LUCINDO.

Pésame que hables con ella;
Que es mujer que á veinte trata.

CAPITAN.

¡Tu lengua pones en ella,
Porque de celos te mata,
Siendo tan noble doncella!
¡Vive Dios, que si no fuera
Por no dejar de casarme,
Que una estocada te diera!

LUCINDO.

¿Casarte? eso sí es matarme.
Padre, señor, considera...

CAPITAN.

¿Qué debo considerar?

LUCINDO.

Que es una mujer de amores.

CAPITAN. (*Ap.*)

Dado me ha que sospechar...
— Pero póneme temores
Por estorbarme el casar.
Como el que con los espejos
Puestos al sol da en los ojos
Al que viene desde léjos,
Quiere el necio darme enojos
Con estos vanos consejos.
Mas quiero volverla á hablar,
Y decirle esta respuesta;
Que me ha dado que pensar. (*Vase.*)

HERNANDO.

¿Qué te parece?

LUCINDO.

Por esta
Mujer hoy me he de matar.
Rompe esas puertas,

HERNANDO.

Aguarda.

LUCINDO.

Sal aquí, infame Gerarda.

HERNANDO.

Con más tiento; espera un poco.

ESCENA XIII.

GERARDA. — LUCINDO, HERNANDO.

GERARDA.

¡Golpes en mi casa, loco!

LUCINDO.

¿Qué respeto me acobarda,
Que no te quito la vida?

GERARDA.

¡Daguita! ¡Oh, que lindo cuento!

LUCINDO.

¿Tú con mi padre, fingida,
Has tratado casamiento?

GERARDA.

La tracilla es escogida.
Si para volver acá
Buscas embustes, Lucindo,
Ese ¿en qué razon está?

LUCINDO.

¿Por qué en mirarte me rindo?
¿Por qué no te mato ya?
¿No viste á mi padre aquí?
Pues él me ha dicho, cruel,
Que para matarme á mí,

Quieres casarte con él.

GERARDA.

¿Yo, que en mi vida le vi?
¿Dióte la industria este necio
Para tener ocasion
De hablarme?

HERNANDO.

Ménos desprecio;
Que no es aquesto invencion,
Sino verdad.

GERARDA.

No hablar recio.

HERNANDO.

¿Por qué no? Con la verdad
Hable bajo la mentira,
La verdad con libertad.

GERARDA.

Tu desvegüenza me admira.

LUCINDO.

Y á mí tu temeridad.
¿Cuando viste al padre mio?
¿Dónde te habló?

GERARDA.

¿Qué es aquesto?
¿Hay más loco desvarío?

LUCINDO.

¿Posible es que has descompuesto
Sus canas con ese brío?
Demonios sois las mujeres.

GERARDA.

¡Muy ángeles son los hombres!
Lucindo, ¿para qué quieres
Disfrazar con estos nombres,
Que por mis desdenes mueres?
¿Qué padre es ése? ¿No adviertes

Que entiendo tus invenciones?

LUCINDO.

¡Plegue á Dios tan mal aciertes
En casarte, ya que pones
Mi vida entre tantas muertes.
Que te viva dos mil años
El viejo por quien me déjas
En tantas penas y daños,
Y á quien por ojos y orejas
Le has dado hechizos y engaños!
¡Plegue á Dios!... Mas ¿qué inhumanas
Maldiciones puedo hacer
Mas que verte las mañanas,
Como sierra, amanecer
Con la nieve de sus canas?
¿Qué más que ver un anciano
A tu lado hermoso y tierno,
De tu belleza tirano?
¡Qué gentil hielo en invierno,
Y qué espantajo en verano!
Adios, madrastra cruel;
Que presto, estando con él,
Te pesará el ver en vano
Que te bese yo la mano,
Y que tú la boca á él.
¡Jesus, que mala eleccion!

GERARDA.

Hernando, ¿es esto de véras,
O vuestras quimeras son?

HERNANDO.

¡Ojalá fueran quimeras!

GERARDA.

Ya entiendo vuestra intencion.
Oísteisme concertar
Ir al prado aquesta noche,

Y queréismelo estorbar.
Pues por Dios que ha de haber coche,
Y quien nos venga á cantar.
Piquen por hacerme gusto
En casa de Estefanía.

LUCINDO.

Mataréte.

GERARDA.

¡Ay Dios, qué susto! (*Vase.*)

ESCENA IV.

LUCINDO, HERNANDO.

HERNANDO.

Entróse.

LUCINDO.

¿Cerraste, arpía?
¡Mal haya amor tan injusto!
Abre esta puerta, mi bien.
—Acecha por esta llave (*A Hernando.*)
Si sus criadas se ven.

HERNANDO.

¡Qué bien engañarte sabe!

LUCINDO.

Matarme sabe tambien.

HERNANDO.

Al viejo ha desvanecido
Para darte más enojos.

LUCINDO.

Liviano en extremo ha sido;
Mas ¿qué no podrán tus ojos,
Dulce Argel de mi sentido?

ESCENA V.

CAPITAN. — DICHOS.

CAPITAN.

¿Estáste aquí todavía?

LUCINDO.

Pues ¿eso, señor, te espanta?
Si con la mujer que adoro,
En esos años te casas,
¿Es mucho que me despida
Destas puertas y ventanas,
Si mañana han de ser tuyas,
Y hoy su dueño me llamaban?

CAPITAN.

Pienso que te has vuelto loco.
Dijísteme mil infamias
De aquel ángel de Fenisa,
Hija de Belisa honrada;
Voylas á hablar, y por poco
Saliera, traidor, sin cara;
Que caida de vergüenza,
No era menester cortarla.
Yo tengo mujer más noble
Que tu madre.

LUCINDO.

¿De quién hablas?

CAPITAN.

De Fenisa.

LUCINDO.

Pues, señor,
Fenisa es doncella, y basta;
Que la que yo te decia,
Es Gerarda, cortesana,
Que vive en este balcon.

CAPITAN.

¿Qué tiene que ver Gerarda
Con Fenisa?

LUCINDO.

Yo, señor,
En aquesta calle estaba
Cuando me reprehendiste
De que amaba aquella dama.

CAPITAN.

Otro enredo habrás pensado
Con aquella buena cara
De tu criado.

HERNANDO.

¿Yo enredo?
Siempre piensas que te engañan;
Propia condicion de viejos.

CAPITAN.

Niega, Lucindo, que amas
A Fenisa.

LUCINDO.

¿Yo, Señor?

CAPITAN.

¿Luégo tampoco la cansas
Con papeles y alcahuetas?
Pues en este punto acaba
De decirme que anteanoche,
Por aquella reja baja,
Enfrente de tu aposento,
Muy tierno llegaste á hablarla.

LUCINDO.

¡Yo papeles! ¿Yo alcahuetas?
¿Yo por reja ni ventanas?
Hernando...

CAPITAN.

¡Qué buen testigo!

Falsos ojos, lengua falsa,
Falsa la cara y la boca,
Falso el pecho y falsa el alma.
Pues mira lo que te aviso:
¡Vive el cielo, que si pasas
Por su puerta, ni la miras,
Ni por la reja la llamas,
Que para siempre jamas
Has de salir de mi casa!

LUCINDO.

Escúchame.

CAPITAN.

¿Para qué?

LUCINDO.

Escúchame una palabra.

CAPITAN.

¿Qué palabra?

LUCINDO.

Que le digas
Que si ha de ser mi madrastra,
No comience ántes serlo,
Pues àun agora lo tratas,
A hacerme tan malas obras.

CAPITAN.

Quita, necio.

LUCINDO.

Advierte.

CAPITAN.

Guarda. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

LUCINDO, HERNADO.

LUCINDO.

¿Qué es esto, triste de mí?

¡Testimonios me levanta
Antes que su rostro vea!

HERNANDO.

¿No es aquesta aquella dama
Que te miró tiernamente
Cuando el lienzo de las randas?

LUCINDO.

La misma.

HERNANDO.

Pues que me maten
Si no es enredo que traza,
Enamorada de tí.

LUCINDO.

¿Qué me cuentas?

HERNANDO.

Lo que pasa.
Yo leí cuatro renglones
En sus ojos, de una carta,
Que al darte el lienzo escribió
A tu ausente pecho y alma.
Dejóle caer adrede,
Si la vista no me engaña,
Y lo que á tu padre dice
De que la escribes y cansas,
Es decirte que la escribas,
Y que por las rejas bajas
Vengas á hablarla de noche.

LUCINDO.

Cosas me dices extrañas.

HERNANDO.

¿Qué se pierde en que las pruebes?

LUCINDO.

No se pierde, Hernando, nada;
Que esa doncella podria,
Con su bellísima cara,

Con su rico entendimiento,
Con su voluntad esclava,
Desamartelarme el pecho,
Despicarme de Gerarda.
Vámosla á hablar esta noche:
Que si es verdad que me llama
Con esta industria que dices,
Es la cosa más gallarda
Que ha sucedido en el mundo.

HERNANDO.

Mucho importa enamoralla,
Así por dejar del todo
Esta fementida ingrata,
Como porque nos perdemos
Si el viejo otra vez se casa.
Y si se quiere casar,
¿Qué cosa más acertada
Que con Belisa, su madre
Desta bellísima dama?

LUCINDO.

Si me quiere, Hernando mio,
Te mando ropilla y calzas.

HERNANDO.

Bien puedes dármelas luégo.

LUCINDO.

Pues con discrecion tan alta
Supo engañar á dos viejos
De edad y experiencia tanta;
Y enamorado de quien
Apénas le vió la cara,
Ha dicho su pensamiento,
Y se le ha entendido el alma,
Bien la podemos llamar
La discreta enamorada.

ACTO SEGUNDO.

El Prado de San Jerónimo.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DORISTEO y FINARDO, *en hábito de noche;* GERARDA, *con rebociño y sombrero;* LISEO, FABIO.

DORISTEO.
Notable frescura.
FINARDO.
Extraña.
GERARDA.
Mucho de sus fuentes gusto.
DORISTEO.
No hay sitio de tanto gusto,
Gerarda bella, en España.
GERARDA.
¡Qué lindas tazas!
DORISTEO.
Famosas.
GERARDA.
Con perlas brindando están.
DORISTEO.
¡Qué liberales que dan
Sus aguas claras y hermosas!
¿Haste holgado de venir?
GERARDA.
Basta venir á tu lado.
DORISTEO.
Sentémonos.

FINARDO.

Todo es Prado.

DORISTEO.

Así se suele decir.
¿Templaron vuesas mercedes

LISEO.

La prima se me bajó.

GERARDA.

Subilla.

DORISTEO.

Eso digo yo.

FABIO.

¿Comienzo?

DORISTEO.

Empezar podeis.

FABIO.

¿Qué dirémos?

DORISTEO.

La de Lope,
Por vida del buen Liseo.

LISEO.

La del suspiro y deseo.

FINARDO.

A fe que hay bien donde tope.

MÚSICOS. (*Tocan y cantan.*)

Cuando tan hermosa os miro,
De amor suspiro,
Y cuando no os veo,
Suspira por mí el deseo.
Cuando mis ojos os ven,
Van á gozar tanto bien;
Mas como por su desden
De los vuestros me retiro,
De amor suspiro;

Y cuando no os veo,
Suspira por mí el deseo.

ESCENA II.

LUCINDO, HERNANDO.—DICHOS.

LUCINDO. (*Ap. á Hernando.*)
Dijeron que llevarian
Quien cantase.

HERNANDO.
Ellos serán.
Pues aquí cantando están.

LUCINDO.
Ni cantan mal ni porfian.

HERNANDO.
Cesaron, como las aves
Luégo que alguno se acerca.

LUCINDO.
Llega y míralos más cerca.

HERNANDO.
Plegue á Dios, señor, que acabes
De ser necio.

LUCINDO.
Si no es hora
Para hablar con mi Fenisa,
¿Qué importa, pues todo es risa?

HERNANDO.
Celos rien y amor llora.
Yo paso á lo caballero
Por delante; espera aquí.

LUCINDO.
Yo aguardo.

(*Pasa Hernando embozado por delante de los sentados, y vuélvese adonde quedó su amo.*)

FINARDO.

¿Qué mira ansí
Este necio majadero?

DORISTEO.

Algo debe de buscar
Que de casa se le fué.

GERARDA.

Canta solo.

LISEO.

Cantaré.

GERARDA.

Sí; pero no has de templar.

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*)

En la voz la conocí.

LUCINDO.

¿Luego es Gerarda?

HERNANDO.

Sin duda.

LUCINDO.

¡Ay!

HERNANDO.

¿Es menester ayuda?

LUCINDO.

Y el otro ¿es su galan?

HERNANDO.

Sí.

LUCINDO.

¡Triste de mí!

HERNANDO.

¿Qué tenemos?
¿Date por ventura el parto?

LUCINDO.

Miéntras más de tí me aparto,
Más me acerco.

HERNANDO.
Sin extremos;
Que te podrá conocer.

LUCINDO.
¿Está en su regazo?

HERNANDO.
¡Y cómo!

LUCINDO.
Celos por los ojos tomo,
Y el alma comienza á arder.
¡Oh veneno, que desalmas
La vida con tus enojos
Siendo la copa los ojos
Donde le beben las almas,
Nunca yo viniera acá!

HERNANDO.
Vámonos de aquí, señor.
¿No es aquel ángel mejor?
Que esperándonos está?

LUCINDO.
¿Cuál ángel?

HERNANDO.
Fenisa bella.

LUCINDO.
No estoy para hablar agora
Con ángeles.

HERNANDO.
Si te adora,
¿No será justo querella?

LUCINDO.
Esa peligro no corre;
Que como es amor primero,
Estará, como otra Hero,
Aguardándome en la torre;
Pero esta que está en los brazos

Deste venturoso amante,
Si me descuido un instante,
Haráme el alma pedazos.
¿Traes el manto?

HERNANDO.

¿Pues no?

LUCINDO.

Póntele.

HERNANDO.

Gran mal recelo.

LUCINDO.

Haz saya del herreruelo.

HERNANDO.

¡Yo mujer! ¡Tu dama yo!

LUCINDO.

A esos árboles te vé,
Y de mujer te disfraza.

HERNANDO.

Voy; mas temo que esta traza.....

LUCINDO.

Vé, majadero.

HERNANDO.

Yo iré;
Mas defenderme te toca,
Y si hacerlo no quisieres,
No te espantes si me vieres
Con la barriga á la boca.

(*Vase.*)

ESCENA III.

LUCINDO, *en pié y léjos de* GERARDA, DORISTEO, FINARDO, LISEO Y FABIO, *sentados.*

LUCINDO.

¡Qué mal se cura amor con invenciones!

¡Qué vano error sobresanar la herida,
Si en las muertas cenizas escondida
La viva lumbre al corazon le pones!
Celos, desdenes, iras, sinrazones
Tienen el alma alguna vez dormida:
Mas ¿qué letargo habrá que no despida
La fuerza de celosas prevenciones?
¡Oh celos! Con razon os han llamado
Mosquitos del amor, de amor desvelos:
El humo de su fuego os ha engendrado.
¿Qué importa que se duerma un hombre (¡oh cielos!),
De pesadumbres del amor cansado,
Si con sus voces le despiertan celos?

ESCENA IV.

HERNANDO, *con un manto puesto y la capa por saya.*—LUCINDO; *y en el proscenio* GERARDA, DORISTEO, FINARDO, FABIO y LISEO.

HERNANDO. (*Ap. á Lucindo.*)
¿Vengo bien?

LUCINDO.
Vienes tan bien,
Que espero que bien me vaya.

HERNANDO.
¿Qué te parece la saya?

LUCINDO.
Muy bien.

HERNANDO.
¿Y el manto?

LUCINDO.
Tambien.

HERNANDO.
¿No voy muy apetecible?

LUCINDO.

Vamos.

HERNANDO.

¿Llevo malos bajos?

LUCINDO.

Llega.

HERNANDO.

En notables trabajos
Me pone tu amor terrible.
(*Acércanse á los otros cinco.*)

DORISTEO.

Un galan con cierta dama
Hácia donde estamos viene.

GERARDA.

¡Gentil brio y arte tiene!
A fe que es ropa de fama.

DORISTEO.

¿Cómo?

GERARDA.

Dióme el buen olor.

DORISTEO.

Tomó pastilla al salir.

FINARDO.

Pastilla y prado es decir
Que es dama.....

DORISTEO.

¿De qué?

FINARDO.

De amor.

DORISTEO.

A tu lado toma asiento.

GERARDA.

¡Qué de golpe se ha asentado!

FINARDO.

Debe de tener pesado

Lo que es el quinto elemento.

LUCINDO. (*A Hernando.*)

Bella doña Estefanía,
¿Qué os parece esta frescura?

HERNANDO. (*Con voz de mujer.*)

Fué mucha descompostura
Venir aquí sin mi tia;
Pero el mucho amor que os tengo
A más me puede obligar.

LUCINDO.

Señores, ¿quieren cantar?

HERNANDO. (*Con voz de mujer.*)

¿Déjanlo porque yo vengo?

GERARDA. (*Ap.*)

Lucindo es éste. ¡Ay de mí!
Verdad sin duda sería
Que aquella dama queria,
Por quien preguntar le vi.
Celos que pensé fingidos
Me han salido verdaderos.
¡Ay, amores lisonjeros,
De engaño y traicion vestidos!
Entendídome ha la letra,
Herido me ha por el filo,
Vengóse del mismo estilo,

HERNANDO. (*Ap. á Lucindo.*)

Ya se altera y inquïeta:
¿Qué te parece el jarabe?

LUCINDO.

Que hace su operacion.

GERARDA. (*Ap.*)

(¡Qué bien sabe dar pasion!
¡Qué mal el tomarla sabe!)
Por vida de Doristeo,
Que un poco de agua traigais.

DORISTEO.
Y traeré con qué bebais;
Que regalaros deseo.
Entretenéos aquí
Miéntras que voy por colacion.

GERARDA.
Que vais solo no es razon.

FINARDO.
¿Acompañaréle?

GERARDA.
Sí;
Que aquí quedan los amigos.

FINARDO.
Pues vamos.

DORISTEO.
Venid.

FINARDO.
Adios.
(*Vanse Doristeo y Finardo.*)

ESCENA V.

GERARDA, LUCINDO, HERNANDO, LOS MÚSICOS.

GERARDA. (*Ap.*)
Muérome porque las dos
Quedásemos sin testigos.

LISEO.
¿Quereis que cantemos?

GERARDA.
No.
Ántes merced recibiera
En quedar sola.

FABIO. (*Ap. á Liseo.*)
Algo espera.

LISEO.
Lindamente los echó.
FABIO.
Pues no estorbemos, Liseo.
LISEO.
Fabio, venid por aquí.
(*Vanse los músicos.*)

ESCENA VI.

LUCINDO, GERARDA, HERNANDO,

GERARDA.
¡Ah mi señora!
HERNANDO. (*Con voz femenil.*)
¿Es á mí?
GERARDA.
Veros y hablaros deseo.
HERNANDO.
¡Verme y hablarme! ¿Por qué?
GERARDA.
Porque soy vuestra vecina.
HERNANDO.
¡Jesus, que extraña mohina!
GERARDA.
¿Desto sólo os enfadé?
HERNANDO.
Hace notable calor;
Vamos, Lucindo, de aquí.
LUCINDO.
Mi bien, enfaldarse ansí
Parece mucho rigor.
Descubríos á esa dama.
Pues dios os dió tal belleza,
Y esa hermosa gentileza
Tiene en la córte tal fama.

Descubrid los ojos bellos,
Den envidia y den amor.

HERNANDO.

No estoy agora de humor,
Ni está enjuto el llanto en ellos;
Que los traeis hechos mar
De celos de esa Gerarda,
Que me dicen que es gallarda.

LUCINDO.

¿Gerarda os los puede dar?
No sé de qué los teneis.
¡Plegue á Dios que si la quiero,
Que para el mal de que muero
Nunca remedio me deis!
¡Plegue á Dios que si la estimo,
Nunca merezca estos brazos,
Ni á mis amorosos lazos
Den vuestros muros arrimo!
¡Plegue á Dios que si la amáre
Nunca mi ventura poca
Goce de esa dulce boca
Ni por mi bien se declare!
¡Plegue á Dios que si la viere,
Jamas me vea con vos,
Ni nos casemos los dos!

GERARDA. (*Ap.*)

¿Que esto sufra? ¿Que esto espere?

HERNANDO.

¡Ay Dios! ¡Qué de maldiciones!

GERARDA. (*Ap.*)

Todas vengan sobre mí,
Si más te sufriere aquí,
Traidor, tantas sinrazones.

HERNANDO.

Dícenme que vais allá,

Y estoy muy descolorida.

LUCINDO.

Pues tomad color, mi vida;
Que á vos os adoro ya.

GERARDA.

No será, infame, en mis dias.
(*Embiste á Hernando.*)

LUCINDO.

¿Cómo ansí te has descompuesto?

HERNANDO.

¡A Estefanía! ¿Qué es esto?

GERARDA.

Y á cuarenta Estefanías.

LUCINDO.

Déjala, Gerarda.

HERNANDO.

¡Ay cielo!
¡A una mujer como yo!

GERARDA.

Matarla tengo.

LUCINDO.

Eso no:
Huye.

HERNANDO.

Mi muerte recelo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LUCINDO, GERARDA.

GERARDA.

¿Qué mujer es ésta, perro?

LUCINDO.

Una mujer que me adora,
Y eso que tú has hecho agora
Ha sido un notable yerro;

Que es señora principal,
Y te ha de costar la vida.

GERARDA.

¿Puede ser ya más perdida,
Que viéndome en tanto mal?
Déjame pasar.

LUCINDO.

Detente;
Que á quien me aborrece á mí,
Nunca licencia le dí
De hablarme tan libremente.

GERARDA.

¿Yo te aborrezco, mi bien?

LUCINDO.

¿Tu bien soy?

GERARDA.

¡Ay prenda mia!
Cuanto te dije fingia,
Y cuanto hablaba tambien.
Aborrezco á Doristeo;
Sólo te adoro, Lucindo:
De nuevo el alma te rindo.

LUCINDO.

¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?

GERARDA.

En prenda de que tú eres
Mi verdad, vénte conmigo.

LUCINDO.

Mucho os alienta el castigo;
Como bestias sois, mujeres.
Ahora bien: ya se acabó,
Yo adoro en Estefanía.

GERARDA.

¿Por qué me dejas, luz mia?

LUCINDO.
Porque tu noche llegó.
GERARDA.
Vén conmigo hasta mi casa.
LUCINDO.
No hay remedio.
GERARDA.
¡Que esto veo!
LUCINDO.
Presto vendrá Doristeo,
Que es el que agora te abrasa.
GERARDA. (*De rodillas.*)
De rodillas, mi señor,
Que vayas quiero pedirte,
Porque allá quiero decirte
La causa deste rigor.
Celos, por tu vída, han sido.
No seas tirano, vén;
Vén, Lucindo; vén, mi bien.
LUCINDO.
En efecto ¿me has querido?
GERARDA.
Siempre te quise, mis ojos.
LUCINDO.
Yo haré que sangre te cueste...

ESCENA VIII.

HERNANDO, *ya en su traje.*—DICHOS.

HERNANDO.
¿Qué sacrificio es aqueste?
LUCINDO.
El haberme dadó enojos.
HERNANDO.
Si Lucindo quiere hacer

Una venganza gallarda,
Y Gerarda el golpe aguarda,
El ángel vengo yo á ser.
¿Qué es esto, señor?

LUCINDO.

¡Oh Hernando!
Seas mil veces bien venido.

HERNANDO.

Dos horas ando perdido,
Todo este Prado buscando;
Que en casa han echado ménos
A esta dama.

LUCINDO.

Otra sería.

HERNANDO.

¿Luego no es Estefanía?

LUCINDO.

Ha habido rayos y truenos.

HERNANDO.

¿Es Gerarda?

LUCINDO.

¿No lo ves?

HERNANDO.

Déjala, ¡triste de mí!
Que te ponen culpa á tí

LUCINDO.

Gerarda, hablemos d spues.

GERARDA.

Oye.

LUCINDO.

No hay remedio.

GERARDA.

Aguarda.

HERNANDO. (*Ap. á Lucindo.*)
Grande valor has tenido.

LUCINDO.
El saber que soy querido
Me ha despicado, Gerarda.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX.

DORISTEO, FINARDO.—GERARDA.

DORISTEO.
Desgracia ha sido, por Dios,
El no haber ya tienda abierta.
FINARDO.
Quebrada queda una puerta.
GERARDA.
Cansado os habeis los dos.
DORISTEO.
¿Sola estabas?
GERARDA.
Sola estaba.
DORISTEO.
Los músicos....
GERARDA.
Libres son.
FINARDO.
¡Que no hubiese colacion!
¡Y en el verano se alaba
Madrid, para quien trasnoche
Sin cotas ni sin broqueles,
Que tiene nieve y pasteles,
Vino y dulce á media noche!
GERARDA.
Tarde llegará el favor;
Que no estoy buena.
DORISTEO.
Sospecho

Que este fresco mal te ha hecho.

GERARDA.

Más me ha dañado el calor.

DORISTEO. (*A Finardo.*)

¿Entiendes de estrellas?

FINARDO.

Sé

Que el carro ha de estar allí
Para amanecer.

DORISTEO.

¡Ah! sí.

Pues ya muy alto se ve.
Vamos, y descansarás.
¡Qué amigos!

FINARDO.

Pocos hay buenos.

GERARDA. (*Ap.*)

Cuando tú me quieres ménos,
Lucindo, te quiero más.

(*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA X.

LUCINDO Y HERNANDO.

HERNANDO.

Tan consolado vienes, que presumo
Que no te acuerdas ya de aquella loca.

LUCINDO.

No lo digas de burlas.

HERNANDO.

¿Quién ha hecho
Milagro tan notable en tu sentido?

LUCINDO.

La confianza de que soy querido.
¡Bendiga el cielo la invencion, la traza,
La hora, el movimiento, el manto, el Prado,
Los celos, los disgustos!

HERNANDO.

Y ¿no dices
Que bendiga tambien á Estefanía?
Pues en verdad, que áun traigo las señales
De algunos mojicones de Gerarda.

LUCINDO.

La ventana han abierto; espera, aguarda.

ESCENA XI.

FENISA, *en la ventana.*—DICHOS.

FENISA.

¡Ah, caballero!

LUCINDO.

¿Quién llama?

FENISA.

Llegad quedo. Una mujer.

HERNANDO.

Fenisa debe de ser,
Que habrá dejado la cama.

FENISA.

Vuestro nombre me decid
Antes que os empiece á hablar.

LUCINDO. (*A Hernando.*)

Mira no echemos azar.

HERNANDO.

Todos duermen en Madrid,
Hasta el viejo Arias Gonzalo.

LUCINDO.

Lucindo, señora, soy,

Que de vos quejoso estoy,
Si esta queja no es regalo.
¿Sabeis que del capitan
Bernardo soy hijo?

FENISA.

Sí.

LUCINDO.

¿Sabeis que en mi vida os vi?
¿Cómo soy vuestro galan?
¡Yo, Fenisa, os solicito!
¡Yo os escribo mil papeles!
¡Yo á estas rejas y verjeles
La casta defensa os quito!
¡Yo os desvelo con paseos
Y terceras os envío!

FENISA.

No os enfaden, señor mio,
Mis amorosos rodeos.
Ni me habeis solicitado,
Ni habeis cansado mis rejas,
Ni son verdades mis quejas,
Supuesto que me he quejado.
Jamas escrito me habeis,
Ni por vos nadie me habló;
En lo que esto se fundó,
Pues venís, vos lo entendeis.
No halló mi recogimiento
Como decir mi pasion;
Amor me dió la invencion,
Y vos el atrevimiento.
Vuestro padre me ha pedido;
Mas yo nací para vos,
Si algun dia quiere Dios
Que os merezca por marido.
Y el hacerle mi tercero

No os parezca desatino;
Que es cuerdo, viejo y vecino,
Y os quiere como yo os quiero.
Este camino busqué
Para que sepais mi amor;
Sólo os suplico, señor,
Que agradezcais tanta fe.
Y si mi hacienda y mi talle,
Puesto que más mereceis,
Os obligaren...

LUCINDO.

No echeis
Mas favores en la calle.
Sembrarla de almas quisiera
En esta buena fortuna,
Porque palabra ninguna
Ménos que en alma cayera.
A mi ventura agradezco
Saber, mi bien, que os agrado;
Que bien sé que no he llegado
A pensar que lo merezco.
El dia, mi bien, que os vi
De aquel santo jubileo,
Despertastes el deseo;
Nunca más con él dormí.
Mi poco merecimiento
Que entendiese me impedia
Lo que mi padre decia,
Y era justo pensamiento;
Mas viéndole porfiar,
Vine á ver lo que ya veo.

FENISA.

Conoceis mi buen deseo.

LUCINDO.

El conocerle es pagar;

Que tras el conocimiento
De una deuda, pagar sobra.
Pero si se pone en obra
De mi padre el casamiento,
¿Qué tal vendré yo á quedar?

FENISA.

No creais que ellos lo puedan;
Que los dos que los heredan
Son los que se han de casar.
Mal conoceis lo sutil
De una rendida mujer.

LUCINDO.

Discreta debeis de ser
Y de ánimo varonil.
Bien se ha visto en la invencion.

FENISA.

Pues hasta agora no es nada.

LUCINDO.

La discreta enamorada
Llamaros será razon.

FENISA.

Perdóneme vuestro padre;
Que dél me pienso valer
Para daros á entender
Lo que no quiere mi madre.
Cuanto deciros quisiere,
Será quejarme de vos,
Y verémonos los dos
Por donde posible fuere.
Cuando os riña, estad atento,
Que son recaudos que os doy.

LUCINDO.

Digo, señora, que estoy
En el mismo pensamiento.

FENISA.

Así sabréis lo que pasa
Desta puerta adentro vos,
Casándonos á los dos
Cuando él piensa que se casa;
Que ya estarémos casados
El dia que se descubra.

LUCINDO.

Quiera el amor que se encubra
El fin de nuestros cuidados.
—Y dad órden como os vea,
Pues no os falta discrecion.

FENISA.

He pensado otra invencion
Para que el remedio sea;
Y es que diré á vuestro padre
Que os envie á que tomeis
Mi bendicion, y vendréis
Sin que se enoje mi madre.
Pero tratadme verdad,
O desengañadme aquí.

LUCINDO.

El alma, señora, os dí
Por fe de mi voluntad.
Preguntadle allá si os quiero.

HERNANDO.

Señor, advertid que al alba
Hacen las calandrias salva,
Y está muy alto el lucero.
En cas deste mercader
Una codorniz cantó,
Con que á tu amor avisó
De que quiere amanecer.

FENISA.

Véte, mi amor; que amanece;

No me eche ménos mi madre.

LUCINDO.

Pide licencia á mi padre
Para verte.

HERNANDO.

La luz crece.

LUCINDO.

Dame alguna prenda tuya
Con que me vaya á acostar.

FENISA.

A mí me quisiera dar.

HERNANDO.

Dile, Señor, que concluya.

FENISA.

Truécame esa cinta. (*Echa un liston.*)

LUCINDO.

¿A qué?

FENISA.

A deseos.

HERNANDO.

Bueno está.

LUCINDO.

Todos los tienes allá.

FENISA.

Adios. (*Retírase.*)

ESCENA XII.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

¿Fuése?

HERNANDO.

Ya se fué.

LUCINDO.

¡Gran ventura!

HERNANDO.

Di que estás
Enamorado.

LUCINDO.

¿Pues no?

HERNANDO.

¿Y Gerarda?

LUCINDO.

Ya pasó.

HERNANDO.

¿Cómo?

LUCINDO.

Lo que oyendo estás.
Es bella, es noble, es gallarda.

HERNANDO.

¡Brava cólera española!

LUCINDO.

Más precio esta cinta sola
Que mil almas de Gerarda.

(*Vanse.*)

—

Zaguan de casa de Gerarda.

ESCENA XIII.

DORISTEO, GERARDA.

DORISTEO.

¿Para qué es tanto desden,
Sino decirme verdad?
Hombre soy, y hombre de bien;
Háblame con libertad:
¿Quieres á Lucindo bien?

GERARDA.

Pensé que no le queria,
Y anoche...

DORISTEO.

Pasa adelante.

GERARDA.

Quiso la desdicha mia
Que fuese un desden bastante
A encender nieve tan fria.
¿No viste aquella mujer
Que se sentó junto á mí?

DORISTEO.

Lucindo debió de ser
El que la trujo.

GERARDA.

Es ansí.

DORISTEO.

Eso me basta saber.
¡Ay, Gerarda, cuánto pueden
Unos celos!

GERARDA.

Muerta estoy.
En fuerza al amor exceden;
No hay desden, mi fe te doy,
De que triunfando no queden.
Estudiado parecia
Lo que Lucindo decia,
Y lo que ella preguntaba;
Supe al fin que se llamaba
Esta dama Estefanía,
Y que es mujer principal;
Que un criado, á un rayo igual,
Vino á decir que en su casa
La echaron ménos.

DORISTEO.

¡Que pasa
Por mí una desdicha igual!
Pero es dicha: ¿cómo dices

Que esa dama se llamaba?

GERARDA.

¿Hay de que te escandalices?

DORISTEO.

Pensando en el nombre estaba
De esa mujer que maldices.

GERARDA.

Estefanía decia.

DORISTEO.

¿Estefanía?

GERARDA.

Esto pasa.

DORISTEO.

¡Buena venganza sería,
Si porque he entrado en tu casa,
Diese Lucindo en la mia!

GERARDA.

¿Cómo?

DORISTEO.

Una hermana que tengo,
Estefanía se llama.

GERARDA.

Ella es.

DORISTEO.

¿Cómo detengo
La defensa de mi fama,
Y del traidor no me vengo?

GERARDA.

El la sirve, porque un dia
Dijo que se vengaria
Deste agravio.

DORISTEO.

Y lo cumplió;
Porque anoche me contó
Que fué al Prado Estefanía.

Alto, mi honor es perdido.
Véte en buen hora, Gerarda....

GERARDA.

Más que quisiera he sabido.

DORISTEO.

Que si mi deshonra aguarda,
Hoy ha de ser su marido.

GERARDA.

¡Su marido! Mayor daño
Es el que me viene agora.

DORISTEO.

Pues ¿hay otro desengaño?

GERARDA.

¡Bien vivirá quien le adora,
Si le casas!

DORISTEO.

(*Ap.*) (¡Caso extraño!)
Pues ¿puede ser de otra suerte?

GERARDA.

Dame primero la muerte.

DORISTEO.

Véte de aquí.

GERARDA. (*Yéndose.*)

¡Nunca hablára!

DORISTEO.

¡Con mi hermana! ¿Quién pensára
Una venganza tan fuerte?
Buscar á Finardo quiero,
Para que á Lucindo saque
Donde, pues es caballero,
O saquemos el acero,
O casándose me aplaque.
Hoy muere si no se casa.
¡Oh vil hermana! ¿Esto pasa?
Mas, justa ley me condena;

Que no anda bien en la ajena
Quien ha de guardar su casa.
(*Vanse.*)

—

Sala en casa de Belisa.

ESCENA XIV.

BELISA, EL CAPITAN, FENISA, FULMINATO.

FENISA.
Hacedme aqueste placer,
Para mayor regocijo:
Que vea yo vuestro hijo,
Pues su madre vengo á ser.

CAPITAN.
Digo que teneis razon.

FENISA.
Pues todo queda tan llano,
Venga á besarme la mano
Y á tomar mi bendicion.

BELISA.
Ya sois dueño desta casa;
Venga vuestro hijo acá.

CAPITAN.
Digo que á veros vendrá;
Que ya sabe lo que pasa.
—Fulminato....

FULMINATO.
Señor.....

CAPITAN.
Corre,
Llama al alférez mi hijo.

FULMINATO.

Voy. *(Vase.)*

FENISA. *(Ap.)*

Que le llamasen dijo:
Todo el cielo me socorre.
Hoy te verán estos ojos
En esta casa, mi bien.

CAPITAN. *(Ap.)*

Aunque le muestre desden,
Me ha dado el llamarle enojos.
Es galan, mozo y discreto,
Y dirá acaso entre sí
Que no le caso, y que á mí
Me caso, viejo en efeto.
¿Quién duda que le parezca
Mejor, y que le dé pena
Ver que á mi edad se condena
Donde sin gusto padezca?
Fuera de eso, es mal consejo
Que venir aquí le mande;
Que á vista de un hijo grande
Parece un hombre más viejo.
Ya comienzo á estar celoso;
No entrará otra vez acá.

ESCENA XV.

LUCINDO, FULMINATO.—BELISA, EL CAPITAN, FENISA.

FULMINATO.

Aquí el alférez está.

LUCINDO.

(Ap.) (¡Cielos, que fuí tan dichoso!
Aquí mis ojos están.)
Señor.....

CAPITAN.

(*Ap.*) (De enojo èstoy lleno.)
Para danzar eras bueno.

LUCINDO.

¿Cómo?

CAPITAN.

Eres cierto y galan.

LUCINDO.

¿No me mandaste venir?

CAPITAN.

Besa la mano á tu madre.

LUCINDO.

Yo voy.

CAPITAN.

¡Qué presto!....

LUCINDO.

Mi padre....

FENISA. (*Ap.*)

Ya me comienzo á reir.

LUCINDO.

Como á madre que sois mia,
Me manda ¡oh bien soberano!
Que os bese esa hermosa mano.

CAPITAN.

¡Qué superflua cortesía!
La mano basta decir;
¿Para qué es decir hermosa?

LUCINDO.

Quiere mi boca dichosa
Este epiteto añadir.

FENISA.

Hablan ansí los discretos.

BELISA.

¿De eso recibís disgusto?

CAPITAN.

Levántate; que no gusto
Que beses con epitetos.

BELISA.

Dejadle, no seais extraño;
Bese la mano á su madre.

LUCINDO.

Señor, siendo vos mi padre,
No resulta en vuestro daño.

CAPITAN.

No me llames padre aquí.

LUCINDO.

Llamo madre á una señora
Tan moza, y ¡á vos agora
Os pesa que os llame ansí!

CAPITAN.

Adonde la edad no sobre,
Padre, dulces letras son;
Más á un viejo, no es razon,
No siendo ermitaño ó pobre.
Acaba, besa la mano.

FENISA. (*Ap.*)

¡Que me veo en tanto bien!

LUCINDO.

Dadme esa mano, por quien
De mano esta suerte gano
(*Ap. á ella.*) (Ten, mi vida este papel.)
(*Métele un papel en la mano.*)

FENISA. (*Ap.*)

Ya le tengo.

LUCINDO.

Y dadme aquí
Vuestra bendicion; que en mí
Tendréis un hijo fïel.

CAPITAN.

¡Hijo fïel! mas ¿qué quiere
Comprar algun regimiento?

LUCINDO. (*Ap.*)

¡Qué gloria en los labios siento!

FENISA.

Dios te bendiga y prospere.
Dios te dé mujer que sea
Tal como la has menester;
En efeto, venga á ser
Como tu madre desea.
Dios te dé lo que á este punto
Tienes en el corazon;
Quien te da su bendicion,
Todo el bien te diera junto.
Dios te haga, y sí serás,
Tan obediente á mi gusto,
Que jamas me dés disgusto,
Y que á nadie quieras más.
Dios te haga tan modesto,
Que queriendo estos envites,
A tu señor padre quites
Esta pesadumbre presto.
(*Señala en el pecho.*)
Y te dé tanto sentido
En querer y obedecer,
Que te pueda yo tener,
Como en lugar de marido.

CAPITAN.

¿Qué libro matrimonial
Te enseñó esas bendiciones?
Acaba, abrevia razones.

FENISA. (*Ap.*)

Celos tiene.

LUCINDO. (*Ap.*)

¿Hay cosa igual?

FENISA.

Una palabra, madre de mis ojos.

(*Habla aparte Fenisa con su madre, y el Capitan con Lucindo.*)

BELISA.

¿Qué quierès?

FENISA.

¿Ves este papel?

BELISA.

Sí veo.

FENISA.

Pues es memoria de vestidos mios,
Que el Capitan me ha dado; yo querria
Leerlo, y no quisiera que él lo viese,
Porque no me tuviese por tan loca
Que pensase que estimo en más las galas
Que no el marido; por tu vida, madre,
Que le entretengas.

BELISA.

Que me place.

FENISA. (*Ap.*)

¡Ay cielo!
¡Qué industria hallé para leer agora
El papel que me dió Lucindo, al tiempo
Que me besó la mano, por si es cosa
Que importa darle luégo la respuesta!

BELISA. (*Al Capitan.*)

Escuchadme á esta parte dos palabras.

FENISA.

(*Lee.*) «Mi bien, mi padre tiene concertado,
» De celos de que has dicho que te quiero,
» Enviarme á Portugal; remedia, amores,
» Esta locura, ó cuéntame por muerto:

»Esto escribí, sabiendo que venía
»Á besarte la mano; á Dios te queda,
»Y quiera el mismo que gozarte pueda.»
(*Ap.*) (¿Hay desdicha semejante?
Hay celos con tal locura?
Así Dios me dé ventura,
Que he de hablarle aquí delante.)
—Lucindo, el papel leí;
(*Ap. á Lucindo.*)
No me haga el cielo este mal,
Que vayas á Portugal,
Ni que una hora estés sin mí;
Y si dicen que mejor
Vive en él su desvarío,
Vive en mí, Lucindo mio,
Que soy Portugal de amor.

LUCINDO.

¡Ay Dios! ¿Quién pudiera hablarte?
¿Quién abrazarte pudiera?

FENISA.

Yo sabré hacer de manera
Que me abraces.

LUCINDO.

¿En qué parte?

FENISA.

Fingir quiero que caí;
Tú me irás á levantar,
Y me podrás abrazar.

LUCINDO.

Tropieza.

FENISA.

Caigo. ¡Ay de mí!
(*Cae; Lucindo la abraza para levantarla.*)

CAPITAN.

¿Qué es aquesto?

LUCINDO.

Tropezó
Mi señora madre aquí,
Y yo levántola ansí.

CAPITAN.

Y levántola ansí yo. (*Sepáralos.*)
— Salte de aquí noramala.

LUCINDO.

Pues cayendo ¿es cortesía?.....

BELISA.

¿Haste hecho mal, hija mia?

CAPITAN.

Despeja luégo la sala.

LUCINDO.

Yo me iré.

CAPITAN.

Véte al momento.

LUCINDO.

¿Ansí me arrojas?

CAPITAN.

Camina.

LUCINDO. (*Ap.*)

¡Ay mi Fenisa divina!
¡Ay divino entendimiento!
¡Ay discrecion extremada!
Por vos se puede entender
Lo que puede una mujer
Discreta y enamorada. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

BELISA, FENISA, EL CAPITAN, FULMINATO.

FENISA.

No tengo mal ninguno, por tu vida.

CAPITAN.

Así lo creo yo.

FENISA.

¿Fuése mi hijo?

CAPITAN.

Tu hijo se fué ya.

FENISA.

Mil males tengo.

BELISA.

¿Quieres verle? Beatriz, ¡hola, vén presto!

FENISA.

No quiero, por tu vida.

CAPITAN.

Aquel grosero
Debió de daros causa á la caida.
No ha de estar en mi casa un punto solo,
Ni entrar en ésta miéntras tengo vida.

BELISA.

¡Qué poco amor teneis á vuestro hijo!
Que os prometo que es gentil mancebo,
Y que le miro yo con tales ojos,
Que si en mis mocedades me cogiera,
Holgara de tenerle por marido.

FENISA. (*Ap.*)

Asíte la ocasion por el copete.

CAPITAN.

¿Este loco os agrada?

FENISA.

Escucha, madre.

BELISA.

Como sois capitan, la casa es guerra.
Todo es escucha.

CAPITAN.

Tal me la dan celos.

FENISA. (*Ap. á su madre.*)
El papel que te dije, no es vestidos,
Ni me le dió Bernardo.

BELISA.
¿Qué me cuentas?

FENISA.
Lucindo me le dió.

BELISA.
Pues ¿qué te escribe?

FENISA.
Una cosa que á risa ha de moverte.

BELISA.
No me tengas suspensa.

FENISA.
Al fin, me dice
Que se quiere casar.

BELISA.
¿Con quién?

FENISA.
Contigo.

BELISA.
¿Conmigo? ¿Qué me cuentas?

FENISA.
Lo que pasa.
Dice que le pareces en extremo,
Y que esa gravedad, esa cordura
Le agrada más que yo á su padre agrado.
Dice más: que con este casamiento
Se juntan las haciendas, de manera
Que los hijos de entrambos quedan ricos.
Si supieras leer, mil cosas vieras;
Más dice que le pidas que no trate
Enviarle á Portugal; que ántes le mate.

BELISA.

¿Qué es ir á Portugal? Hija, las hijas
Cuerdas y honradas, todo el gusto suyo
Ponen en sólo dárselo á sus padres:
Ya sabes que soy moza, y que en efeto
Estaré más honrada con marido,
Y marido que así te logres, hija,
Que me lleva los ojos en mirándole.
¡Qué cortés¡ ¡Qué galan! ¡Qué lindo talle!

FENISA.

Si esto pasa, ¿qué hará quien mandar puede?

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que le estorbes la partida.

BELISA.

¡Partida! ¿qué partida? Haz que esta noche
Me venga á hablar Lucindo de secreto.

FENISA.

Véte, y déjame hablar con mi marido.

BELISA. (*Aparte.*)

¡Que me cogió á descuido! Mas no importa;
Ponerme quiero ménos largas tocas;
Consultaré el espejo. ¡Ay mí Lucindo!
Si tú me quieres, cuanto soy te rindo.
(*Vase.*)

ESCENA XVII.

EL CAPITAN.—FENISA.

CAPITAN.

Milagro, Fenisa, fué,
Dejarnos solos Belisa;
Y pues que nadie nos ve,

Dame, gallarda Fenisa,
Tus manos.

FENISA.

¡ Bien por mi fe !
Mucho os preciais de galan.

CAPITAN.

Si celos enojos dan,
Dame la mano de amigos.

FENISA.

No me atrevo sin testigos.

CAPITAN.

Presentes, señora, están
Celos, amor y deseo.

FENISA.

Con justos celos, señor,
De vuestro Lucindo os veo.

CAPITAN.

¿ Prosigue en tenerte amor ?

FENISA.

Y áun me cansa.

CAPITAN.

Yo lo creo.

FENISA.

Anoche sentí rüido
A la reja, y dióme un miedo,
Que me privó de sentido.
Levántome como puedo,
Sin luz no acierto, el vestido,
Topo el manteo en efeto,
Salgo á la reja, y en ella.....
—¿De qué estais tan inquïeto ?

CAPITAN.

Es cólera, esposa bella,
De ese rapaz indiscreto.

FENISA.

Y entre la reja y ventana
Hallo en lo hueco un papel.

CAPITAN.

Eso ya es cosa inhumana.
Hoy seré un leon con él.

FENISA.

Ser padre os dará cuartana.
Sosegáos.

CAPITAN.

No puede ser.
Yo le tengo de buscar.

(*Vase.*)

ESCENA XVIII.

FENISA.

¡Qué bien le he dado á entender
Donde el papel ha de hallar!
Que le quiero responder,
Para que quede advertido
Que con mi madre he trazado
Que diga que es su marido,
Para que quede estorbado
El camino prevenido.
Que mi madre hará por él
Que se impida la tormenta
Desta partida crüel;
Porque si mi bien se ausenta
Todo se pierde con él.

(*Vase.*)

—

Calle.

ESCENA XIX.

HERNANDO, LUCINDO.

HERNANDO.
¿Que todo eso ha pasado?

LUCINDO.
Si me vieras
De rodillas, Hernando, á mí Fenisa,
Que era imágen bellísima dijeras.

HERNANDO.
No lo dudes, muriérame de risa.

LUCINDO.
Si á Tántalo en el agua consideras,
Verás que ya le tengo por divisa;
Porque si aquel ni fruta ni agua toca,
Yo vi su boca y no llegué á su boca.

HERNANDO.
¿No te bastó la mano?

LUCINDO.
Templó el fuego
Arrimando la nieve de su mano,
Porque salió á la boca el alma luégo,
Hecha un volcan de amor, por agua en vano.
¿Qué me dirás cuando á la boca llego?

HERNANDO.
¿Mordístela?

LUCINDO.
No sé; ¿mármol indiano,
Cristal de roca, quieres que mordiese?
¿No basta, si es imágen, que la bese?

HERNANDO.
Tu padre.

LUCINDO.
Calla, y déjale que pase.

ESCENA XX.

EL CAPITAN.—Dichos.

CAPITAN.
¡Qué cabizbajo en viéndome te pones!
Como si no me vieses.

LUCINDO.
Si pensase
Que contigo ese crédito tenía,
No á Portugal, hasta el Japon me iria.

CAPITAN.
Pues no te admires; que peor le tienes.
¿No te avisé que es mi mujer Fenisa?

LUCINDO.
¿No me mandaste tú que le besase
La mano como á madre? ¿Es por ventura
Porque llamé su blanca mano hermosa?

CAPITAN.
Hermosa entónces, y ahora hermosa y blanca,
¡Qué lindo bellacon te vas haciendo!

LUCINDO.
Cosas te enfadan de tan poco tomo,
Que es ponerte á la sombra de un cabello.
¡Válgame Dios! ¿En qué te ofendo tanto?

CAPITAN.
¿No es nada, si Fenisa me ha contado
Que anoche hiciste en su ventana ruido,
Y que entre el suelo della y de la reja
Le pusiste un papel?

LUCINDO.
¿Yo?

CAPITAN.

Tú, villano.

LUCINDO.

Pues di que te le dé; que si mi letra
Tuviere ese papel.....

CAPITAN,

Detente un poco;
Que si es ajena, mayor mal sería.

LUCINDO.

Hernando. (*Ap. a él.*)

HERNANDO.

Señor.

LUCINDO.

¿Oyes?

HERNANDO.

Ya lo entiendo.
Sin duda que papel quiere escribirte,
Y que te avisa que á buscarle vayas
Entre la reja y la ventana.

CAPITAN.

Escucha;
Que pasa alguna gente, y no querria
Se dijese en Madrid mi casamiento.

(*Hablan bajo.*)

ESCENA XXI.

DORISTEO, FINARDO.—DICHOS.

DORISTEO.

Hablando está con su padre.

FINARDO.

Pues apártale; que importa.

DORISTEO. (*A Lucindo.*)
Una palabra os quisiera.

LUCINDO.
Estoy con mi padre agora;
Pero sepamos lo que es
Buscarme con tanta colera,
Que despues habrá lugar (*A su padre.*)
De responderos á solas.
(*Apártase á hablar con Lucindo.*)

CAPITAN.
¿Qué quieren éstos, Hernando?

HERNANDO.
Amigos son.

CAPITAN.
Serán cosas
Del juego.

HERNANDO.
Así lo sospecho.

CAPITAN.
Nunca dél resultan pocas.

DORISTEO. (*A Lucindo.*)
Sin tener obligacion,
Ni conoceros (que sobra
Para no guardar la cara
Que un hidalgo no os conozca),
Puse en Gerarda los ojos.

LUCINDO.
Si es esa la queja sola,
Yo os doy desde aquí á Gerarda.

DORISTEO.
No es esa.

LUCINDO.
Pues ¿cómo, hay otra?

DORISTEO.
Otra tan grande, que creo

Que sólo el ver me reporta
Aquí vuestro anciano padre.

LUCINDO.

Engaños son de esa loca.

DORISTEO.

Vos, de picado de ver
Que á vuestro amor me anteponga,
Habeis pensado vengaros
Quitándome á mí la honra.
Servido habeis á mi hermana;
Y ella mal sábia y bien moza,
Fué anoche con vos al Prado.

LUCINDO.

¡Extraña invencion de historia!
Ni conozco á vuestra hermana,
Ni trato vuestra deshonra,
Ni sé, por Dios, vuestra casa.

FINARDO.

La tercera es sospechosa.
¡Vive Dios, que os ha engañado!

DORISTEO.

¿Cómo engañado, si nombra
A Estefanía, mi hermana,
De un indiano muerto esposa?

LUCINDO.

Ya entiendo todo el engaño.
La dama, señor, fué otra,
Con quien me pienso casar;
Que porque aquesta celosa
Por el nombre no supiese
Quién era ántes de las bodas,
La puse el nombre primero
Que me vino á la memoria;
Que lo mismo fuera Ines,

Francisca, Juana ó Antonia.
Esto es la verdad, por Dios.

DORISTEO.

Pues siendo verdad notoria,
Para satisfaccion mia,
Aunque decirlo vos sobra,
Holgaré que me digais
El nombre de esa señora.

LUCINDO.

Porque habeis de ver muy presto
Que conmigo se desposa,
Fenisa, Señor, se llama.
Esta quiero, ella me adora;
La calle de los Jardines
Es la esfera donde posa,
Y yo soy vecino suyo.
Recelo mi padre toma,
Y yo querria dejarle;
Dadme licencia.

DORISTEO.

Estas cosas
Hace el honor. Perdonad.
Mil años goceis la novia.
(*Vase Lucindo.*)

ESCENA XXII.

EL CAPITAN, DORISTEO, FINARDO, HERNANDO.

CAPITAN.

¿Dónde va aquel?

HERNANDO.

No sé.

CAPITAN.

¿Si es desafío?

HERNANDO.

Habla esos hombres.

CAPITAN.

¡Ah señores! creo,
Si no me engaña de mi sangre el brío,
Que de reñir los dos teneis deseo.
Sabed que aquel hidalgo es hijo mio;
Y pues va solo, y dos con armas veo,
Yo iré con él, y dos á dos podrémos
Probar los corazones que tenemos.
Soldados fuimos ya los dos en Flándes;
Fuí capitan, y él fué mi alférez: vamos.

FINARDO.

Los dos irán á que servir los mandes;
Que es bien que de soldados te sirvamos.
De hoy más serán, ¡señor, amigos grandes;
Que aunque por unos celos le buscamos,
El nos aseguró que no servia
La dama que este hidalgo presumia.
Ya sabemos quién es á quien pasea,
Y Fenisa nos dijo que se llama.

CAPITAN.

¿Cómo? ¡Fenisa!

FINARDO.

En fin, como desea
Casarse, y que á esta sola adora y ama.

CAPITAN.

Antes su muerte á vuestras plantas vea.

DORISTEO.

¿Mandáisnos otra cosa?

CAPITAN.

Que esa dama
Tengais por mujer mia; que no es suya.

DORISTEO. (*Ap. á Finardo.*)

El cobarde mintió.

FINARDO.

La culpa es tuya.

DORISTEO.

¡Vive el cielo, que sirve á Estefanía!

FINARDO.

Disimula y busquémosle.

DORISTEO.

El soldado
Se fué de aquí de pura cobardía.

FINARDO.

¡Que este es hijo de un padre tan honrado!
(*Vanse Doristeo y Finardo.*)

ESCENA XXIII.

EL CAPITAN, HERNANDO.

CAPITAN.

¡Que sirva este traidor la esposa mia,
Con quien casarme tengo concertado,
Y que se alabe que ha de ser su esposa!

HERNANDO.

¿ Posible es que lo dijo ? ¡ Extraña cosa !

CAPITAN.

Alto ; ponle su ropa en la maleta.
No ha de quedar aquí ni solo un dia ;
Camine á Portúgal.

HERNANDO. (*Ap.*)

No fué discreta
La industria de Lucindo.

CAPITAN.

¿ Hay tal porfía?
De noche por las rejas la inquïeta :
Besó su mano, y dijo : « madre mia »,
Y quizá dijo « esposa » entre los labios.
No se pueden sufrir tantos agravios.

Notifícale luégo la partida,
Cálzate botas.

HERNANDO.

Cásate primero.

CAPITAN.

No quiero dar lugar á que lo impida;
Que sirva al Rey, y no á Fenisa, quiero.
No ha de entrar en Madrid más en mi vida.

HERNANDO.

Que templarás aquese enojo espero.

CAPITAN.

Daréte, vive Dios, con la de Juanes.
¡Oh, qué lindo soy yo para truhanes!

ACTO TERCERO.

Calle en que vive Belisa.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUCINDO, *cón capa con oro, y plumas;*

HERNANDO.

LUCINDO.

¿Que mi padre les contó
Que era su esposa, y no mia?

HERNANDO.

¿Que siendo yo Estefanía,
Ande en estos cuentos yo?

LUCINDO.

El nombre ha dado á entender
Que es su hermana á Doristeo.

HERNANDO.

Tan ciego á tu padre veo,
Que te ha de echar á perder.
Pienso que van á buscarte;
Que de Fenisa el amor,
Dirán que ha sido temor
Y término de escaparte.
¿Para qué se lo decias?

LUCINDO.

Para asegurar un hombre,
No entendiendo que aquel nombre
Se le acordára en su dias.

HERNANDO.

¿Piensas ir á Portugal?

LUCINDO.

¿Cómo, si mi bien me avisa
De que su madre Belisa
Ha de remediar mi mal?

HERNANDO.

¿Fuiste á la reja?

LUCINDO.

¿Pues no?

HERNANDO.

Y ¿hallaste el papel?

LUCINDO.

Estaba
Donde á mi padre avisaba.
Cuando á mi padre engañó.
Halléle al fin en la reja,
Leíle, y dice que luégo
Me finja de amores ciego
De su madre.

HERNANDO.

¿De la vieja?

LUCINDO.

De la misma.

HERNANDO.

¡Extraño caso!

LUCINDO.

Pues más me ha mandado hacer.

HERNANDO.

¿Y es?

LUCINDO.

Pedirla por mujer.

HERNANDO.

¿Por mujer?

LUCINDO.

Habla más paso;
Que ha de salir al balcon,
Y acaso te puede oir.

HERNANDO.

Sólo pudiera impedir
Tu partida esta invencion.
¡Discreta mujer!

LUCINDO.

Notable.

HERNANDO.

¿Y piensas con ella hablar?

LUCINDO.

Tú has de estar en mi lugar,
Para que contigo hable.
Fíngete Lucindo, y yo,
Miéntras hablas á Belisa,
Estaré con mi Fenisa;
Que así el papel me avisó.

HERNANDO.

¿Qué hablaré?

LUCINDO.

Cosas de amor.

HERNANDO.
Mucho sabe esta doncella;
Mil veces pienso si es ella...
LUCINDO.
¿Quién?
HERNANDO.
La doncella Teodor.
LUCINDO.
Hoy quiero probar tu seso.
Veamos cómo requiebras
Esta vieja.
HERNANDO.
Hoy me celebras
Por único.
LUCINDO.
Yo confieso
Que por inferior me nombre
A tu ingenio, si la engañas.
HERNANDO.
Mis telas son telarañas.
¿Qué importa ser gentilhombre,
Si faltan galas?
LUCINDO.
Pues bien...
HERNANDO.
Dame esa capa con oro.
LUCINDO.
Diérate, Hernando, un tesoro.
Toma el sombrero tambien.
HERNANDO.
Tú podrás ponerte el mio.
(*Cambian de capa y sombrero.*)
LUCINDO.
A fe que quedo galan.

HERNANDO.

¡Ah, Lucindo, cómo dan
Los vestidos talle y brío!

LUCINDO.

Quedo; al balcon han salido.

ESCENA II.

FENISA y BELISA, *que salen á una reja alta.* — DICHOS.

BELISA.

Dame, Fenisa, lugar;
Que quiero á Lucindo hablar.

FENISA.

¿De qué sabes que ha venido?

BELISA.

Veo dos hombres parados
Mirando nuestro balcon.

FENISA.

Bien conoces, ellos son;
Que hacen señas embozados.
Voyme, y Dios te dé ventura...
—Mas dame licencia un poco
De hablar á Hernando.

BELISA.

Es un loco.

FENISA.

Agrádame su locura,
Y téngole que decir
Un recado al Capitan.

BELISA.

Vé á esotra reja.

(*Retírase Fenisa.*)

HERNANDO.

Ya están
Donde nos pueden oir.

LUCINDO.

Fenisa se fué de allí.

HERNANDO.

Su madre la despidió.

BELISA.

¿Sois Lucindo?

HERNANDO.

No soy yo,
Despues que vivís en mí;
Pero soy el que os adora
Con el alma que le dais,
Pues mi humildad levantais
A vuestro valor, señora.
—¿No va bueno? (*Ap. á Lucindo.*)

LUCINDO.

¡Pesia tal,
Que hablas con gran discrecion!

HERNANDO.

Estoy hecho un Ciceron.

BELISA.

Puesto que parece mal,
Lucindo, que una mujer,
Que en fin de Fenisa es madre,
La case con vuestro padre
Y á vos os venga á querer,
Que en efeto sois su hijo;
Llegado á que me querais,
Yo confieso que me dais
Un juvenil regocijo.
¿Es posible que os agrado
Y que os parezco tan bien?

ESCENA III.

FENISA, *que sale á otra reja;* BELISA, *en la primera reja;* LUCINDO Y HERNANDO, *en la calle.*

FENISA. (*En voz baja.*)
¡Cé, Lucindo!

LUCINDO.
¿Quién es?

FENISA.
Quien
El alma y vida te ha dado.
Llega, miéntras entretiene
A la loca de mi madre
Tu criado.

HERNANDO.
Si mi padre,
Como viejo, á querer viene
La tierna edad de Fenisa,
Yo, como mozo, os adoro
Por ese grave decoro.

FENISA.
Muriéndome estoy de risa.

HERNANDO.
Esas tocas reverendas,
Ese estupendo monjil,
Ese pecho varonil,
Testigo de tantas prendas;
Ese chapin enlutado,
Que del pié los puntos sabe,
Que pisa el suelo, más grave
Que un frison recien herrado,
Esa bien compuesta voz,
Ese olor, de amor espuela,

Que es azúcar y canela
De aquestas tocas de arroz;
Esos antojos al lado,
Para encubrir los de enfrente;
Ese manto, en que consiente
Ser el amor manteado;
Esa encarnada nariz,
Donde amor destila y saca
Ambar, mirra y tacamaca,
Más que el Arabia feliz;
En fin, tocas, piés, frison,
Nariz, monjil, manto, antojos,
Voz, chapin, son á mis ojos
Selvas de vária licion.

LUCINDO.

¿Escuchástelo?

FÉNISA.

Sospecho
Que ha de entender el engaño.

LUCINDO.

En que yerre está mi daño,
Y en que acierte mi provecho.
Pero dime, prenda mia,
¿Qué ha de ser de nuestro amor,
Si de tí con tal rigor
Este padre me desvia?
No te descuides, mi bien;
Que apresura mi partida.

FENISA.

No tengas pena, mi vida,
Ni esos miedos te la den;
Que mi madre loca y vana
Está por tu amor de modo,
Que pondrá remedio en todo.

LUCINDO.

Sí; mas la boda cercana
Me amenaza, como ves;
Y si él se llega á casar,
¿Cómo podrás remediar
Mi ausencia, y muerte despues?
A la fe, que aunque es tan cierto
Que eres discreta y sutil,
Que no halles modo entre mil
Para dar la vida á un muerto.

FENISA.

Si soy tuya, si nací
Para tí sola, y si estoy
Cierta que como yo soy
Tuya, tú lo eres de mí,
Da traza cómo salgamos
Destos padres enemigos.
Hacienda tienes y amigos;
Adonde quisieres vamos.
Discreta y enamorada
Me sueles Lucindo hacer;
Mas ya sólo quiero ser
Mujer y determinada.

LUCINDO.

Si tienes resolucion
De que te saque de aquí,
Animo me sobra á mí
Para igual ejecucion.
Esta noche, gloria mia,
Joyas y vestidos coge,
Y aunque tu madre se enoje,
Te sacaré á mediodía;
Que no temo de mi padre
El mal que me pueda hacer.

FENISA.
Si voy á ser tu mujer,
Máteme despues mi madre.
BELISA.
¿Que tiene determinado
Enviarte á Portugal?
HERNANDO.
No he visto locura igual
Como en la que el viejo ha dado.
Dice que adoro á Fenisa,
Que la sirvo y solicito,
Que el sueño y quietud le quito,
Y sigo en saliendo á misa;
Y de celos me destierra.
BELISA.
Mi bien, y ¿quereisla vos?
HERNANDO.
¡Yo á Fenisa! ¡Plegue á Dios
Que aquí me trague la tierra,
Que me maten seis villanos
En su heredad ó su aldea,
Porque no hay muerte que sea
Mas infame que sus manos;
Plegue á Dios que un arcabuz
Probándole me traspase,
O que una espada me pase
Desde la punta á la cruz,
Si en mi vida tuve intento
De amalla ni pretendella,
Ni jamas hablé con ella
De amor ni de casamiento!
LUCINDO.
Muy bien lo puede jurar.
BELISA.
Satisfecha estoy, mi bien.

HERNANDO.

Dejando aquesto tambien,
¿ Tienes algo que me dar ?
Porque en dándome un enojo,
O en jurando alguna cosa,
Me da una hambre espantosa ;
Soy preñada con antojo.

BELISA.

¿ Gana tienes de comer ?

HERNANDO.

Rabio, por Dios.

BELISA.

Todo es malo
Cuanto hay en casa ; un regalo
Mañana te quiero hacer.
¿ Qué conserva comes bien ?
Que soy en dulces notable ;
De guindas es razonable,
Y de perada tambien.
Duraznos es extremada.
¿ Qué conserva haré ?

HERNANDO.

Un menudo
Con su perejil ; que dudo
Que la haya tal, bien lavada.

BELISA.

¿ Deso gustas? Pues hallaste
La limpieza, la sazon
Y el buen gusto.

HERNANDO.

Cosas son
En que el tuyo conformaste.
Envíamele mañana.

LUCINDO.

¿ Hay villano tan grosero ?

BELISA.

¡Qué menudo hacerte espero!

HERNANDO.

No será peor la gana.

BELISA.

¿Menudo comes?

HERNANDO.

No pudo
Ponerse ese gusto en duda,
Porque quien sirve á vïuda,
Se obliga á comer menudo.

LUCINDO.

Gente pasá. ¡Cé!

BELISA.

¿Quién llama?

HERNANDO.

Hernandillo, mi criado,
Que allá con Fenisa ha hablado.

BELISA.

¡Lindo pícaro!

HERNANDO.

De fama.
Díceme que pasa gente.
Adios.

BELISA.

Él, mi bien, os guarde,

LUCINDO.

Pues pasa gente y es tarde,
Adios.

FENISA.

¡Ay mi gloria ausente!
— ¡Qué bien que la has divertido!

HERNANDO.

Famosamente la hablé.

LUCINDO.

Vén tras mí. Pero ¿ qué fué
Aquello que le has pedido?

HERNANDO.

Un menudo.

LUCINDO.

¿ Y eso pudo
Pedir tu lengua, grosero?

HERNANDO.

Tú negocias por entero,
Yo negocio por menudo. (*Vanse.*)

—

Sala en casa de Gerarda.

ESCENA IV.

DORISTEO, GERARDA.

GERARDA.

Sosiega el pecho celoso;
Que yo sabré si es verdad.

DORISTEO.

Sospecho que temeroso
De alguna temeridad,
A que obliga un caso honroso,
Dijo que el nombre fingia,
Y fué á tiento Estefanía,
Porque su padre en mi daño
Me dijo por desengaño
Cómo á Fenisa servia.

GERARDA.

El padre acaso pensó
Que á Fenisa amabas...

DORISTEO.

¿Yo?

GERARDA.

Y para en paz os poner,
Dijo que era su mujer.

DORISTEO.

No lo entiendo.

GERARDA.

¿Cómo no?
Si pensó que la cuestion
Era por Fenisa allí,
¿No fué sutil invencion
Hacerla su mujer?

DORISTEO.

Sí,
Tienes, Gerarda, razon;
Pero mi celoso honor
Aun quiere desto más prueba.

GERARDA.

Tambien la pide mi amor.

DORISTEO.

Esta sospecha me lleva
De un temor á otro mayor.

GERARDA.

¿Quieres que los dos sepamos
Si es verdad que ama á Fenisa?

DORISTEO.

Sí quiero.

GERARDA.

A su casa vamos.

DORISTEO.

¿Cuál ignorancia te avisa
Que si le quiere digamos?

GERARDA.

¿Digo yo que sea ansí?

DORISTEO.

Pues ¿cómo?

GERARDA.

Yo entraré huyendo.

DORISTEO.

¿De quién has de huir?

GERARDA.

De tí,
Que eres mi esposo diciendo.
Sacarás la daga...

DORISTEO.

Bien.

GERARDA.

Pondrános en paz su gente;
Quedaréme allí tambien,
Donde á Fenisa le cuente
Que quiero á Lucindo bien,
Y que por él me matabas;
Que te llame, y en secreto
Te diga lo que dudabas.

DORISTEO.

¡Gentil industria! En efeto
De mujer.

GERARDA.

¿Su ingenio alabas?

DORISTEO.

¡Oh mujeres!

GERARDA.

Y españolas...

DORISTEO.

Camina.

GERARDA.

Si estamos solas,
Ella dirá la verdad.

DORISTEO.

Mujeres con voluntad
Son como la mar con olas. (*Vanse.*)

Sala en casa de Belisa.

ESCENA V.

EL CAPITAN, FENISA, BELISA.

CAPITAN.

Si supiera vuestro intento,
No le echára de mi casa.

BELISA.

Yo os he dicho lo que pasa.

CAPITAN.

Huélgome del casamiento;
Daros quiero el parabien.

BELISA.

Si mi bien camino va,
El paramal me dará
Quien me ha dado el parabien.

CAPITAN.

Si yo estuviera avisado
De que Lucindo os queria
(Que en opinion le tenía
De hombre ménos asentado),
Yo propio tratára aquí,
Belisa, del casamiento;
Que es dar á mi bien aumento
Que nos troquemos ansí.
Casado con quien es madre
De mi bien, como confio
De vos misma, el hijo mio
Vengo yo á tener por padre;
Y Fenisa, mi mujer
Y vuestra hija, tendrá
Padre en Lucindo; y dará
A todo el mundo placer
La discrecion del trocar

Las edades por los gustos.

BELISA.

Dado me habeis mil disgustos
En pretenderle ausentar;
Y no os descuideis en ir
Donde el camino estorbeis.

FENISA.

Gran rigor usado habeis.

CAPITAN.

No me supe resistir.

FENISA.

¿Fué celos, por vida mia,
Del destierro la ocasion?

CAPITAN.

Celos de su vida son;
Que una cierta Estefanía
Le trae de manera ciego,
Que le han querido matar
Dos hombres de este lugar,
Y le matan si no llego.

BELISA.

Pues ¿quiere alguna mujer?

FENISA. (*Aparte.*)

¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí!

CAPITAN.

Así entónces lo entendí;
Mentira debe de ser.
No me acordé que le amais.
Perdonad: que por él voy. (*Vase.*)

ESCENA VI.

BELISA, FENISA.

BELISA.

Confusa, Fenisa estoy.

FENISA.
Mi pensamiento imitais.
BELISA.
Si tiene alguna mujer,
¡Buen lance habemos echado!
FENISA. (*Aparte.*)
A tí poco te ha burlado,
Si burla te quiso hacer;
Pero á mí, que me engañó
Fingiendo amarme de véras...
BELISA.
¿Qué dices?
FENISA.
Que no creyeras
Lo que este viejo contó;
Que con los celos que tiene
Finge dos mil desatinos.
BELISA.
¡Por qué notables caminos
A darnos enojo viene!
Gente se nos entra acá.
FENISA.
Dejóse abierta la puerta.
BELISA.
¡Bien hará lo que concierta,
Si otra mujer tiene ya!

ESCENA VII.

GERARDA, *huyendo de* DORISTEO, *la daga desnuda.*—DICHAS.

GERARDA.
¡Favor, señores! Socorredme presto;
Que me mata este bárbaro tirano.
DORISTEO.
¿Quién te ha de dar favor, infame adúltera?

BELISA.

Tened, señor; no la mateis, os ruego.

FENISA.

Paso, señor, ¿por qué le dais la muerte?

GERARDA.

¡Yo adúltera, señor!

BELISA.

Tened la mano,
Respetad esas tocas norabuena.

DORISTEO.

Si no mirára esa presencia noble,
De vuestra calidad notorio indicio,
El corazon le hubiera atravesado.

GERARDA.

Y matáraste en él; que en él te tengo.

DORISTEO.

¡Ahora amores, falsa, vil, perjura!
¡Ahora hechicerías! ¡Vive el cielo!...

FENISA.

Acabad, si quereis; que venís loco,
Y algun demonio revestido en celos
Os debe de mover la lengua y manos.

BELISA. (*A Doristeo.*)

No habeis de estar aquí, por vida mia.
Venid; que os quiero hablar en mi aposento;
Descansaréis de vuestro mal conmigo.

DORISTEO.

Yo os quiero obedecer, y referirle,
Aunque traiga mi infamia á la memoria.

BELISA.

Pues con mi hija quedará esta dama.
¿Qué nombre tiene?

DORISTEO.

Estefanía se llama.

(*Vanse Belisa y Doristeo,*)

ESCENA VIII.

FENISA, GERARDA.

FENISA.

De gran peligro os ha librado el cielo.

GERARDA.

¡Ay, señora! que estoy temblando toda.
¿Dónde me podré ir?

FENISA.

No tengais miedo.
Contadme vuestro mal.

GERARDA.

Sí haré, si puedo.
Yo soy, gallarda señora,
Una mujer desdichada;
Aunque esto ya lo sabeis,
Pues lo veis en mi desgracia.
Nací en Búrgos, ciudad noble,
Y mis padres, que Dios haya,
Me trajeron á la córte
Niña en los brazos del ama.
Criáronme con regalo,
Y de mi talle ó mis galas
Rendido el hombre que veis
Me pide con grandes ánsias.
Casáronme á mi disgusto;
En fin, sobre estar casada
De la manera que digo,
Cargo el peso desta infamia.
Vime, sin gusto con él,
Mil veces determinada
Para quitarme la vida.

FENISA.

No digais tal.

GERARDA.

Esto pasa.

FENISA.

Pues, por desdicha ninguna,
¿Dice una mujer cristiana
Que se ha de quitar la vida?

GERARDA.

Señora, experiencia os falta.
No sabeis lo que es tener
En la mesa y en la cama
Un enemigo de dia,
Y de noche una fantasma.
Mas mi desesperacion
Fué en esto medio templada
Con la vista de un mancebo,
Soldado y sol dado al alma.
Era un alférez galan,
Por quien por puntos les daba
A las niñas de mis ojos
Alferecía sin causa;
Que en la mala compañía
Del marido que me daban,
Pensé que con un alférez
Pudiera sufrir las faltas.
Pagóme la voluntad,
Y con obras y palabras
Marchamos diez y seis meses,
Llevándose amor las armas.
Mas como en marchando amor
Toca la envidia las cajas,
Oyó el bando mi marido
Y los tiros á su fama.
Comenzó á tener sospechas;
Puso un espantajo en casa,
Para que el pájaro huyese
Que al hortelano burlaba.

Busqué medios por vecinos,
Hubo puertas y ventanas,
Porque cuando quieren dos,
Fácilmente se baraja.
Mas para abreviar, señora,
Con mi amor y mi esperanza,
No ha faltado quien me ha dicho
Que el ver mi marido en arma
Hizo á Lucindo mudar
(Que así el alférez se llama)
El alma y el pensamiento
Adonde agora se casa
Con una Fenisa, dicen,
A quien de discreta alaban;
Que quien la alaba de hermosa,
Dicen que á su rostro agravia.
He perdido tanto el seso,
Que he salido de mi casa,
Y buscado de tal suerte
Este ingrato que me agravia,
Que hoy, como veis, mi marido
Me ha topado disfrazada;
Que pensaba hallarle aquí;
Que aquí vive quien me mata.
¿Conoceis en esta calle
Esta dama, hermosa dama?
¿Sabeis quién es por ventura
La que mis desdichas causa?
Que ya que de mi marido
Tomé puerto en vuestra casa,
Tras el remedio del cuerpo,
De vos espero el del alma.

FENISA.

¿Qué Lucindo os quiere bien?

GERARDA.

¿Conoceisle?

FENISA.

¡A Dios pluguiera
Que ni yo le conociera,
Ni él á mí!

GERARDA.

¡Ni vos tambien!
¡Cosa que á tiento haya dado
Con la causa de mi mal!

FENISA.

El vuestro no ha sido igual
Al mal que me habeis causado.
Yo soy Fenisa, ¡ay de mí!
Engañada de ese ingrato,
Que no sabiendo su trato,
Mucho del alma le dí.
Yo soy con quien de secreto
Su casamiento trató,
Porque no pensaba yo
Tanto mal en tal sujeto.
Pero pues á tiempo estoy,
Y mi honor salvo, creed
Que agradezco la merced,
Y que de mano le doy.
Hoy con su padre me caso,
Por sólo hacerle pesar;
Que le tengo de abrasar
Con el fuego en que me abraso.
Y pues que vos le quereis,
Gozadle por largos años.

GERARDA.

¿Que vos me haceis tantos daños,
Y que vos muerto me habeis?
¿Que vos os llamais Fenisa?

FENISA.

Estad segura, que ya
Lucindo vuestro será.

GERARDA.

Mi desengaño os avisa.
Es el hombre más traidor,
Más mudable y lisonjero
Que ha visto el mundo.

FENISA.

No quiero
Más desengaños, amor.
Adios, gustos atrevidos.
¿Vuestro nombre?

GERARDA.

Estefanía.

FENISA.

Bien su padre me decia,
No eran sus celos fingidos.
Ya sabía vuestro nombre,
Ya sé todo lo que pasa.

GERARDA.

No admitais en vuestra casa,
Pues que sois cuerda, tal hombre;
Mirad que os ha de quitar
El honor.

FENISA.

Perded el miedo.

GERARDA.

Ya, señora, que me puedo
De mi marido librar,
Dadme licencia, que quiero
Irme en casa de una hermana.

FENISA.

¿Querréis verme?

GERARDA.

Cosa es llana.
Ser muy vuestra amiga espero.
¿Hay puerta falsa?

FENISA.

Sí habrá,
Si por Lucindo salís.

GERARDA.

¡Qué bien, señora, decís!
Adios.

FENISA.

Presto; que os verá.

GERARDA. (*Ap. yéndose.*)

Famosamente he sabido
De Lucindo el pensamiento,
Y su gusto y casamiento
Por notable estilo impido.
¡Bella mujer, lindo talle!
Muriéndome voy de celos.
Guardad á Lucindo, cielos,
Que he de matarle en la calle. (*Vase.*)

ESCENA IX.

FENISA.

Salga del alma aquel violento rayo
Que la dejó como ceniza fria,
Porque parezca la esperanza mia
Palma sobre las nieves de Moncayo.
Ya estaba en flor, cuando en mitad de Mayo
El hielo derribó su lozanía;
Que cuando muda el tiempo, basta un dia
Para que su verdor trueque en desmayo.
No más gustos de amor, que son engaños,
Que llevan la razon por los cabellos;
No sufra el alma tan injustos daños.
No quiero bienes ya, por no perdellos;
Mas ¿cómo olvidaré con desengaños,
Si dicen que se aumenta amor con ellos?

ESCENA X.

LUCINDO.—FENISA.

LUCINDO.

Con la determinacion,
Bella Fenisa, de ser
En tan dichosa ocasion
Tu esposo, y tú mi mujer,
Que nombres seguros son,
He tenido atrevimiento
De llegar á tu aposento,
Y dejo un coche en la calle,
Que de ese gallardo talle
Viene á ser alojamiento.
Vén, sin poner dilacion,
Al coche, fénix divina;
Porque en aquesta ocasion
Te quiero hacer Proserpina
Deste abrasado Pluton.
¿Qué te suspendes? ¿Qué miras?

FENISA.

¿No quieres que me suspenda?
¿Qué dices? ¿Burlas? ¿Deliras?
¿Con quién hablas?

LUCINDO.

Dulce prenda
Del alma, ¿á qué blanco tiras?
¿Hay álguien con quien cumplir?
¿No es hora ya de salir,
Como anoche concerté?

FENISA.

¿Con quién el concierto fué?
Eso me vuelve á decir.

LUCINDO.

¿No me hablaste anoche?

FENISA.

Sí.

LUCINDO.

Lo que concertamos dí.

FENISA.

Que te cases con mi madre,
Pues yo lo estoy con tu padre.

LUCINDO.

¿Con tu madre? Eso fingí.

FENISA.

Ya no puede ser fingido.
Testigos hay que has tratado
Ser de mi madre marido.

LUCINDO.

¿Luego tú me has engañado?

FENISA.

El engaño tuyo ha sido.
De mí no hay que pretender;
Que soy mujer de tu padre,
Y mi madre es tu mujer.

LUCINDO.

¿Cómo mi mujer tu madre?
Demonio debes de ser.
¿No te acuerdas que tú fuiste
La que primero me quiso?
Tercero á mi padre hiciste,
Mi padre me dió el aviso,
Y te hablé donde quisiste.
En órden á nuestro intento
Fingimos el casamiento.
¿Qué me dices de tu madre?

FENISA.

Yo soy mujer de tu padre,
Esto es verdad y esto siento.
Si mi madre no te agrada,
Más señora, más honrada

Que tu dama Estefanía,
Véte á buscarla, y porfía;
Que es dulce la fruta hurtada.
Mas guarda; que su marido
Te busca.

LUCINDO.

En lo que has hablado,
Celosa te he conocido.
Sin duda te han engañado
Con ese nombre fingido.
Mi lacayo Hernando fué
Una noche Estefanía;
Que así al Prado le llevé.
No dilates, fénix mia,
El galardon de mi fe;
Que si he visto á Estefanía,
La vida me quite el cielo,
Fálteme el sol, falte el dia,
Sepúlteme vivo el suelo,
Y pierda tu luz, luz mia.
Mira que te han engañado,
Porque Hernando disfrazado
Ha sido la Estefanía.

FENISA.

Conozco tu alevosía;
Tarde, Lucindo, has llegado,
Y no me hagas perder
El respeto; que has de ser
Antes de un hora mi padre;
Que al marido de mi madre
Debo por padre tener.

LUCINDO.

¿Qué dices?

FENISA.

Lo que has oido.

LUCINDO.

¿Tienes seso?

FENISA.

El que te falta.

LUCINDO.

O tú ó yo le hemos perdido.

FENISA.

Eso sí, da voces, salta,
Que ya vendrá mi marido.

LUCINDO.

¡Válgame Dios!

FENISA.

Valga pues.

LUCINDO.

¿Mataréme?

FENISA.

Necedad.

LUCINDO.

Pues ¿qué haré?

FENISA.

Casarte.

LUCINDO.

¿Ves
Como fué mi amor verdad,
Y tu liviandad lo es?
¿Ves cómo vine por tí,
Y que como hombre cumplí
Lo que anoche concerté?
¿Ves cómo mujer te hallé,
Y no mujer para mí?
¿Ves cómo es bien empleado
Todo cuanto mal decimos
De vosotras? ¿Ves que he estado,
Conforme el concierto hicimos,
Prevenido y confiado?
Pues ¡plegue á Dios que te veas,

Y tan presto, arrepentida,
Que tú mi venganza seas!
Que en lo que toca á mi vida,
Será lo que tú deseas.
Goza á mi padre, que es padre,
Y es mejor que yo en efecto,
Puesto que ménos te cuadre;
Que yo seré tan discreto,
Que la mujer trueque en madre;
Pues que mi padre me envia
A Portugal, porque tal
Delito en quererte hacía,
Me pasaré á Portugal
Por la libertad que es mia. (*Vase.*)

FENISA.

¡Ay Dios! detente, señor...
—Pero no, que es cauteloso.
Vaya esta vez el traidor.

ESCENA XI.

HERNANDO.—FENISA.

HERNANDO.

Oye, escucha.

FENISA.

¿Que haces señas?

HERNANDO.

¡Tan tibia en esta ocasion!
¿Cómo ese rigor me enseñas?
¿No vino Lucindo aquí,
Segun me dijo, por tí?

FENISA.

Ya estamos desconcertados.

HERNANDO.

¿Cómo?

FENISA.

Hay amores casados;
No era bueno para mí.
¿Quién es una Estefanía
A quien Lucindo queria?

HERNANDO.

¿Hasta acá llega el enredo?

FENISA.

¿Qué enredo?

HERNANDO.

Decirte puedo
Que fuí yo esa dama un dia.

FENISA.

¿Tú esa dama?

HERNANDO.

Disfrazado
Con un manto, estuve al lado
De cierta dama. En efeto
Dí celos, y esto secreto,
No sepa que lo he contado.
Que mi señor la queria
Antes que os viese; y despues
Os juro, señora mia,
Que un tigre á sus ojos es,
Aunque se cansa y porfía;
Que anda perdida y celosa.

FENISA.

Sin duda me han engañado.

HERNANDO.

Yo sé que no hay otra cosa
Que le dé en Madrid cuidado
Sino vos, Fenisa hermosa.
Mas ¿que le diré?

FENISA.

No sé,
Que viene mi madre aquí.



Huye.

HERNANDO.

Por allí me iré. (*Vase.*)

ESCENA XII.

BELISA.—FENISA.

BELISA.

Ya, Fenisa, despedí
Aquel hombre.

FENISA.

¿Y cómo fué?

BELISA.

No sé si podré, de risa,
Contarte lo que ha pasado.

FENISA.

De todo, madre, me avisa.

BELISA.

De verte se ha enamorado.

FENISA.

¿Tan presto?

BELISA.

Escucha, Fenisa;
Que te quiere por mujer.

FENISA.

¿Siendo casado?

BELISA.

Es enredo
Que esta mujer quiso hacer.

FENISA.

Que son celos tengo miedo.

LUCINDO.

Celos debieron de ser.
Contóme que concertaron
Que se hiciese su marido,
Porque los dos sospecharon,

Él que su hermana ha servido,
Y ella que aquí le engañaron.....

FENISA.

¿A quién?

BELISA.

A Lucindo.

FENISA.

¡Bien!
¿Que de Lucindo son celos?

BELISA.

Y á mí me los dan tambien.

FENISA.

Pusieron en paz los celos
Su verdad y mi desden.
(*Ap.* Perdí gallarda ocasion
De gozarle á mi contento;
Mas no faltará invencion.
Hoy será mi casamiento
En casa y con bendicion.)
Madre, no estés divertida,
Despues que esta cautelosa
Mujer, falsa y atrevida,
Vino sin vida, celosa,
Para quitarnos la vida,
Ha estado Lucindo aquí
Y me ha dicho que te adora.

BELISA.

¿Es cierto?

FENISA.

Esto pasa ansí.
Pero díceme, señora,
Que hablando á su padre en tí
Le halla muy desabrido
En que sea tu marido,
Y que es forzoso en efeto
El casaros de secreto.

BELISA.

Siempre lo tuve entendido,
No quisiera el capitan
Que su hijo se casára,
Porque murmurar podrán
Que el viejo goza esa cara,
Y que á Lucindo me dan.
—Pues mi marido ha de ser.

FENISA.

El dice que en tu aposento
Te quiere esta noche ver.

BELISA.

¿Qué sientes de eso?

FENISA.

¿Qué siento?
Que allí serás su mujer.

BELISA.

Trázalo, pues anochece.

FENISA.

Véte á prevenir, y calla.

BELISA.

Mi ventura me enloquece;
Por no darte que envidialla,
No digo lo que me ofrece.
Voy á perfumarlo todo
Y que esté con grande aseo. (*Vase.*)

FENISA.

Hazlo, madre, de ese modo.
¡Qué bien mis bodas rodeo,
Y el nuevo engaño acomodo!

ESCENA XIII.

EL CAPITAN.—FENISA.

CAPITAN.

¿Es mi Fenisa?

FENISA.

Soy quien te desea.
¿Adónde está Lucindo? Que mi madre
Ya quiere efectuar el casamiento.

CAPITAN.

¿Qué casamiento?

FENISA.

El suyo con el mio.

CAPITAN.

Bien dice, y no aguardemos á más términos;
Que ya los dos tenemos corta vida.

FENISA.

Yo estoy, señor, tambien desengañada
De que no era Lucindo el que venía
De noche á mi ventana.

CAPITAN.

¿Qué me cuentas?

FENISA.

Hoy supe que era un cierto amigo suyo;
Y así, quiero que vayas á buscarle,
Y le digas que ronde aquesta noche
La puerta desta casa con Hernando;
Porque anoche á las diez, por la ventana
Del huerto entró el amigo que te digo,
Y á la puerta llamó de mi aposento.
Levantéme, pensado que mi madre
Venía á visitarme, y si no cierro,
No dudes que sucede una desgracia.

CAPITAN.

¡Hay maldad semejante! ¡Vive el cielo,
Que he de ser yo quien ronde!

FENISA.

No, mis ojos,
Que en ese tiempo habeis de estar conmigo.

CAPITAN.

¿Adónde?

FENISA.

En mi aposento, de secreto.

CAPITAN.

Dadme esas manos.

FENISA.

Advertid que quiero
Que vengais muy galan y rebozado,
Y que os hagais la barba ; que no gusto
De verla de esa hechura ; que en efecto
Pareceréis mejor mas atusado.

CAPITAN.

Quien para tanta gloria se previene,
No dudeis que vendrá galan del todo.
La barba haré cortar á vuestro gusto,
Pues hacerse la barba es muy de novios ;
Y yo lo he de ser vuestro.

FENISA.

Ya es muy tarde,
Hablad á vuestro hijo.

CAPITAN.

El cielo os guarde.
— (*Vanse.*)

Sala en casa del Capitan.

ESCENA XIV.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Arrepintióse.

HERNANDO.

¿Qué dices?

LUCINDO.

Lo que oyes.

HERNANDO.

No lo creas.

LUCINDO.

Ni tú mudanzas que veas.

HERNANDO.

Son retóricos matices
Para encarecerme el bien.
¿Hasla por dicha gozado?
Que te veo muy mirlado.

LUCINDO.

Y áun muerto me ves tambien.

HERNANDO.

¿Hablas de véras?

LUCINDO.

Llegué
Para sacalla de allí,
Y de manera la ví,
Que dando voces bajé.
Volví el coche, y los amigos
Se volvieron á su casa.

HERNANDO.

Pues ella toda se abrasa,
Y estos ojos son testigos...

LUCINDO.

¿Cómo?

HERNANDO.

De celos crueles.

LUCINDO.

Pues ¿de quién?

HERNANDO.

De Estefanía.

LUCINDO.

¡Que esto dure todavía!
No me aflijas como sueles;
Que todo nace de amor.

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

No importa nada.

ESCENA XV.

CAPITAN. — DICHOS.

CAPITAN.
Bien aprestas la jornada.
LUCINDO.
Mañana me voy, señor.
CAPITAN.
¡Bueno es eso! Estás casado
Con Belisa, y vaste luégo.
LUCINDO.
Eso ha sido burla y juego.
CAPITAN.
Yo sé que tomas estado;
Pero que sea ó no sea,
Ya te quedarás aquí.
LUCINDO.
¿Por qué?
CAPITAN.
Porque ya entendí
Quién á Fenisa desea,
Y áun es grande amigo tuyo.
LUCINDO.
Tambien te habrán engañado.
CAPITAN.
Ya Fenisa me ha contado
Que fué todo engaño suyo.
Dice que anoche pasó
Por la pared de la huerta
Cierta persona incïerta;
Y á su aposento llegó:
Llamó, salió á abrir, y viendo
El engaño, cerró.
LUCINDO.
Extraño

Hubiera sido el engaño.

CAPITAN.

Dió voces, y fuése huyendo.
Hame dicho que te diga
Rondes esta noche allí.
¿Haráslo ansí?

LUCINDO.

Señor, sí:
Mandármelo tú me obliga.

CAPITAN.

Pues yo vengo muy de prisa.
Armate, y guárdete Dios. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Hoy nos casamos los dos.

HERNANDO.

¿Cómo?

LUCINDO.

Ya entiendo á Fenisa.
Quiere que entre á su aposento
Por el huerto.

HERNANDO.

Dices bien;
Y que ella estará tambien
Allí con el mismo intento.
Mas los celos la han picado;
Hoy se cumplen tus deseos.

LUCINDO.

¡Por qué notables rodeos
A mi remedio he llegado!
Vénte á armar, porque has de entrar
Al huerto y guardar la puerta.

HERNANDO.
Beatriz es dama encubierta ;
Pero allá la pienso hallar. (*Vanse.*)

—

Calle.

ESCENA XVII.

DORISTEO, FINARDO.

FINARDO.
Yo no sé si le llame desengaño
El que de vuestra hermana habeis tenido,
Pues veo que resulta en vuestro daño,
Viniendo de Fenisa tan rendido.

DORISTEO.
Hizo Gerarda aquel enredo extraño.
Entré fingiendo que era su marido ;
Pero en viendo á Fenisa, quedé luego
Ciego del rayo de su ardiente fuego.
Estuve con su madre en su aposento ;
Y si es verdad os digo, dije el caso,
Y pedíle á Fenisa en casamiento.

FINARDO.
Estas son sus ventanas ; hablad paso.

DORISTEO.
¡ Ay divino y dichoso alojamiento
De la décima musa del Parnaso,
De la mujer más bella, y fénix solo,
Que en su giro veloz ha visto Apolo !

FINARDO.
Y ¡ qué ! ¿ os pensais casar ?

DORISTEO.
Si ella me quiere.

FINARDO.
¿ Es gente principal ?

DORISTEO.

De virtud tanta,
Que la doncella á las demas prefiere,
Y la madre, Finardo, es una santa.

FINARDO.

¿Qué hacienda tiene?

DORISTEO.

Sea lo que fuere,
Virtud en dote á todos se adelanta.
De su recogimiento y virtud quiero
Hacer, Finardo, el dote verdadero.

ESCENA XVIII.

EL CAPITAN, *con barba diferente, muy hecha, en hábito de noche*; FULMINATO. — DICHOS.

CAPITAN. (*A Fulminato.*)

Ya puedes volverte á casa.

FINARDO. (*Ap. á Doristeo.*)

Gente pasa.

DORISTEO.

Y encubierta.

FINARDO.

Creo que para á la puerta;
Que de la puerta no pasa.

FULMINATO.

¿Mandas que te aguarde aquí,
O que llame otros criados?

CAPITAN.

No, que aquellos embozados
Vienen á guardarme á mí.
Entro: vuélvete.

FULMINATO.

¿Quién son?

CAPITAN.
Lucindo y Hernando. (*Éntrase.*)

FULMINATO.
Quiero
Hablarlos.

FINARDO.
Entró.

DORISTEO.
¿Qué espero?

FINARDO.
¡Gran virtud! ¡Gran religion!

FULMINATO.
¿Es menester compañía?

FINARDO.
Pase adelante, galan.

FULMINATO.
Perdonen.....

DORISTEO.
Perdon le dan.

FULMINATO.
Que por otros los tenía. (*Vase.*)

DORISTEO.
¡Corrido estoy, vive Dios!

FINARDO.
¡Qué gran dote es la virtud!

DORISTEO.
Tal les dé Dios la salud.

FINARDO.
Pues quedo.

DORISTEO.
¿Cómo?

FINARDO.
Otros dos.

ESCENA XIX.

LUCINDO, HERNANDO.—DORISTEO, FINARDO.

LUCINDO.

Piés, en mi amor os tened

DORISTEO.

¿Echó escala?

FINARDO.

Y suben ya

DORISTEO.

¿Qué casa es ésta?

FINARDO.

No sé.
Que es fuerza es lo más seguro,
Pues por la puerta y el muro
Tanto enemigo se ve.

DORISTEO.

¿Suben los dos?

FINARDO.

Así pasa.

DORISTEO.

Muchas mujeres habrá.

FINARDO.

Pues más gente viene ya;
Que áun no está llena la casa.

ESCENA XX.

GERARDA, *en hábito de hombre.*—DORISTEO, FINARDO.

GERARDA.

(*Ap.* Por ver si aquel mi enemigo
Viene á rondar por aquí,
Salgo de mi casa ansí,
Con mi amor y sin testigo.

No creo que me he engañado;
El y su Hernando serán
Los que en esta esquina están.
¡A qué buen tiempo he llegado!)
¿Eres tú, cruel?

DORISTEO.

¿Quién va?

GERARDA.

Yo soy Lucindo.

DORISTEO.

¿Quién?

GERARDA.

Yo.

DORISTEO.

¿Es Gerarda?

GERARDA.

Tuya, no:
De Doristeo soy ya.

DORISTEO.

Yo soy ese Doristeo.

GERARDA.

¡Tú! Pues ¿qué buscas aquí?

DORISTEO.

A tí te busco.

GERARDA.

¡Tú á mí!

FINARDO.

Con un mismo intento os veo.
Tú por Fenisa venías,
Y tú por Lucindo vienes.

DORISTEO.

Es sin duda.

GERARDA.

Razon tienes.

DORISTEO.

Hoy habemos sido espías.

Mas mira ¡ qué casa aquesta!
Tres hombres tienen allá.

GERARDA.

¿Tres hombres?

FINARDO.

Y áun treinta habrá.

GERARDA..

¡A fe que es Fenisa honesta!
Llama con una invencion,
Para que quién son sepamos.

FINARDO.

Fuego, que hay fuego digamos.

DORISTEO.

Y no con poca razon.

FINARDO. (*A voces.*)

¡Fuego, fuego!

DORISTEO.

¡Fuego!

GERARDA.

¡Fuego!

ESCENA XXI.

BELISA, *y luégo* FENISA Y LUCINDO.—DICHOS.

BELISA. (*Dentro.*)

¡Fuego en mi casa! ¡Ah, criados!

DORISTEO.

¡Fuego!

BELISA. (*Dentro.*)

¡Ah vecinos honrados!
¡Fenisa, levanta luégo!

FENISA. (*Dentro.*)

¡Fuego, madre!

DORISTEO.

Que se abrasa

La casa.

LUCINDO. (*Dentro.*)

Luces de presto.

ESCENA XXII.

EL CAPITAN, BELISA, LUCINDO, FENISA, HERDANDO, *con una hacha encendida.*—GERARDA, DORISTEO, FINARDO.

CAPITAN.

¿Fuego en la casa?

BELISA.

¿Qué es esto?

LUCINDO.

¿Fuego en casa?

FENISA.

¿Fuego en casa?

HERNANDO.

¿Dónde, señor, está el fuego?

GERARDA.

Entre vosotros está;
Pero nadie lo verá,
Estando el honor tan ciego.
¡Dentro de una casa honrada
De una mujer como vos,
Hay dos hombres!

DORISTEO.

¿Cómo dos?

Y áun tres.

HERNANDO.

¡Hermosa empanada!

BELISA.

Yo con mi marido estoy.

CAPITAN.

Y yo estoy con mi mujer.

BELISA.

Otro pensé yo tener.

CAPITAN.

De otra que aborrezco soy.

BELISA.

¿ Cómo es aquesto, Fenisa ?

FENISA.

Con Lucindo me he casado.

BELISA.

Pues ¿cómo me has engañado ?
Mas ya lo dice tu risa.

CAPITAN.

Di, Lucindo, ¿á un padre noble
Los buenos hijos engañan ?

LUCINDO.

Señor, yo adoro á Fenisa,
Y ella, como ves, me paga.
Cuanto contigo trató
Son enredos que buscaba
Para casarse conmigo ;
Los que presentes se hallan,
Aunque mis contrarios sean,
Juzguen, señor, nuestra causa.
¿No es mejor que el padre mio,
Con esta señora honrada,
Que es madre de mi mujer,
Se case, pues que se igualan
En méritos y en edad,
Y que como nuestras almas,
Los dos juntemos los pechos ?
Habla, y perdona, Gerarda.

GERARDA.

Aunque celosa venía,
La razon, Lucindo, es tanta,
Que con los dos asesores
Que á este pleito me acompañan,

Digo que tu padre sea
De Belisa, y que esta dama
Te goce, amén, muchos años.

DORISTEO.

La sentencia está bien dada,
Y yo la confirmo.

FINARDO.

Y yo.

LUCINDO.

Dame esa mano.

FENISA.

Y el alma.

CAPITAN.

Dadme vos tambien la vuestra.

BELISA.

Dais honra y remedio á entrambas.

HERNANDO. (*Ap.*)

Para tan viejo rocin
Cualquiera silla le basta.

GERARDA.

Los dos me acompañaréis.

DORISTEO.

Llevarémoste á tu casa.

CAPITAN.

Hernando, avisa en la mia
Que allá cenan estas damas.

HERNANDO.

Para en uno sois, por Dios.

LUCINDO.

Si es para muchos la farsa,
Mi amor lo diga, y dé fin
La Discreta enamorada.

FIN.